

TEMA DEL MES

Mujeres: conquistas y piensos en voz alta

COEDITOR: Manuel A. Espinosa S. Coincide-Iteso

EDITORIAL



El quehacer

Ya no estamos en el tiempo de antes en el que las mujeres vivían enclaustradas.

Todo su mundo eran las cuatro paredes del hogar donde permanecían encerradas como en una prisión. En tiempos pasados la mujer no tenía derecho a protestar ni siquiera cuando el hombre se le iba encima... Pero en esta época todo ha cambiado.

B. Tacuche, 1953

Desde la campaña y en el Zócalo durante su toma de posesión la ahora presidenta Claudia Sheinbaum anunció un Sistema Nacional de Cuidados hoy en curso de implementación gradual. Se trata de que el Estado reconozca y garantice el derecho a los cuidados de quienes los necesitan más: niños, ancianos, enfermos y minusválidos. Atención que hoy proporcionan mayormente las mujeres y que añadida al resto de las labores domésticas impide que ellas se desarrollen en plenitud. De modo que el Sistema Nacional de Cuidados debe servir también para garantizarle sus derechos a las mujeres liberán-

dolas al menos en parte de la proverbial "esclavitud doméstica".

Una de los aportes mayores del Sistema es que nos obliga a reconocer algo que debiera ser obvio: que el quehacer hogareño es trabajo; trabajo no retribuido; trabajo impago y agotador. En México las mujeres dedican en promedio el 70% de su tiempo al trabajo doméstico. Pero esto es un promedio, para muchas la jornada entera es quehacer: 15 o más horas de labor continua y exigente.

El trabajo doméstico ha sido, y es aún, un trabajo invisible ¿por qué? Quizá porque con el capitalismo fabril se generalizó el trabajo asalariado. Con el entronamiento del imperio del gran dinero una gran parte del trabajo social se volvió mercancía y en una inversión muy propia del sistema, lo que es característica de una parte de los trabajos: el salario con que se paga, devino la naturaleza misma del trabajo. En el capitalismo el trabajo es asalariado o no es trabajo. Será labor, quehacer, ocupación, pero no trabajo. Y si no es trabajo no tiene valor. Y si no tiene valor no existe. Para la economía -que en el capitalismo impera sobre todas las demás ciencias sociales- el trabajo doméstico es invisible.

Pero existe, vaya que existe. Y desde hace un tiempo se empezó a medir. Hoy se calcula que en México el trabajo doméstico aporta el 26% del Producto Interno Bruto, es decir 8.4 billones de pesos anuales. Y como el 75% lo realizan mujeres resulta que el despreciado quehacer femenino aporta anualmente a la economía alrededor de seis millones de millones de pesos, mucho más que la industria manufacturera, siete veces lo que incorpora la agricultura...

Sobre la existencia de este punto ciego del capitalismo patriarcal empezaron a llamar la atención hace algo más de cincuenta años feministas marxistas como la italiana Mariarosa Dalla Costa quien en el libro *Poder femenino y subversión social* sostiene que el trabajo femenino desarrollado en el hogar crea valor económico y debe ser retribuido.

Por más de 250 años los economistas herederos de Adam Smith sostuvieron que las labores domésticas no eran económicamente productivas y fue hace apenas medio siglo que se empezó a argumentar lo contrario. Pero la propuesta tuvo rápido eco y feministas como María Mies en el libro titulado *Patriarcado y acumulación a escala mundial*, argumentaron, siguiendo a la italiana, que "El ama de casa y su trabajo no se sitúan fuera del proceso de producción de plusvalía, sino que constituyen el cimiento básico sobre el que da comienzo este proceso de producción". Esto en la teoría, en la acción social desde los setenta del pasado siglo se van formando en todo el mundo Grupos y Comités por el Salario del Trabajo Doméstico que reclaman de diversas maneras ese pago.

En un texto de 1975 vuelto a publicar en el libro *Revolución en punto cero*, Silvia Federici, participante en ese movimiento, escribe:

La demanda de salario para el trabajo doméstico es tan solo el comienzo, pero el mensaje es claro: a partir de ahora tendrán que pagarnos... puesto que se nos ha forzado a trabajar de muchas maneras. Somos amas de casa, prostitutas, enfermeras, psicoanalistas. Esta es la esencia de la esposa "heroica" homenajead el Día de la Madre. A partir de ahora queremos dinero por cada uno de estos momentos.

El origen europeo y luego estadounidense del movimiento por salarios para el trabajo doméstico parecería confirmar que las ideas novedosas, hasta las subversivas, nos llegan del primer mundo. No es así. Permítanme transcribir las palabras que hace más de setenta años una proto feminista mexicana dirigía primero a su hijo varón y luego a su esposo.

Esposa: Primero vamos a hacer cuentas, porque por ahí me debes algo.

Hijo: ¿Qué te debo? Yo no te he pedido nada mamá.

Esposa: me debes 2 800 mamilas a razón de 6 diarias. Te las voy a poner a tostón cada una, así que me debes 1 095 pesos. Más un año que lo tuve a base de jugos, caldo de frijol y jaletinas son 730 pesos. Más 16 años que comía

ya como gente grande, tres comidas diarias 29 200 pesos. Además, servicio de tropa, atención médica, hospedaje y cuidados maternos 15 000 pesos...

(El Padre trata de escabullirse)

Esposa: Un momento que también contigo quiero hacer cuentas. En vista de que no tengo las consideraciones de esposa, también yo te voy a tratar con el mismo rigor. Porque soy una simple criada, y como tal, te voy a hacer las cuentas de lo que me debes desde hace veinte años que estoy a tu servicio. En esta casa hago de cocinera, recamare-ra, lavandera, costurera. Te voy a cobrar 200 pesos mensuales, ya que soy la única criada que has tenido. Me debes por 20 años de servicios, la no despreciable cantidad de 60 000 pesos...

El diálogo anterior y también el epígrafe de este editorial, recogen palabras de Borola Tacuche, personaje de *La familia Burrón*, una historieta escrita y dibujada por Gabriel Vargas, aparecidas en los números 1602, publicado en agosto de 1952, y 1613, publicado en septiembre de 1953. A doña Borola no se le dan bien las cuentas, pero lo que importa es que 20 años antes de que Della Costa demandara en Italia el pago por el trabajo doméstico ya lo exigía en México un personaje de comic que se proclama cocinera, recamarera, lavandera y costurera, como tres años después Silvia Federici se asumía prostituta, enfermera y sicoanalista.

Por muchas razones Borola devino emblema del feminismo mexicano del fin de siglo y su no por rústica menos filosa anticipación a la batalla por salarios de los setenta y ochenta es una de ellas. Lo sorprendente es que Vargas, el autor de la historieta, era mas bien conservador y en los primeros números Borola Tacuche es la contrafigura irresponsable y fodonga del esforzado y chambeador Regino Burrón. Roles que van cambiando conforme las ilusiones de ascenso social por el trabajo se esfuman y la rebeldía deviene única forma viable de sobrevivencia. Quisiera creer también que el empoderamiento de Borola es obra de la propia Borola, que una vez definida como personaje adquiere vida propia.

En todo caso el reclamo salarial de doña Borola coincide con que ese mismo año, 1953, se reconoce el derecho de las mujeres mexicanas a votar y ser votadas. Quizá a la alebrestada esposa de don Regino nunca le pagaron sus servicios domésticos, pero en 1958 por vez primera pudo votar. Algo es algo. •

A. Martha



Escuela para Defensoras Benita Galeana AC.

Unidas en resistencia

Andrea Garibay García Educadora ambiental
kalanchoe.azul@gmail.com

"Queremos volver a tener nuestros ríos, paisajes, maizales dorados; (...) ahora nuestros territorios se han convertido en invernaderos, en olas de plástico. Queremos vida y no muerte."

Estas palabras, dichas por una mujer de un municipio rural de Jalisco, cuyo ecosistema ha sido devastado para dar paso a grandes extensiones de monocultivos, hacen eco con muchas otras, en México y el mundo, que hablan de la industria alimentaria moderna como un proyecto de muerte. En menos de 100 años, la fe en el progreso, el crecimiento económico y la industrialización, ha generado lo contrario a la prosperidad buscada: un mundo en profunda crisis ambiental y social.

A esas voces que han alzado la voz en contra del sistema dominante las acompaña la acción; desde los inicios de la Revolución Verde hay quienes han buscado alternativas, retomando formas de cultivo que regeneran en vez de dañar, conservando semillas, compartiendo métodos, técnicas, recetas y comidas, para recordarle a la sociedad que abundancia no es números en una cuenta bancaria o grandes propiedades, abundancia es cuidar de los otros, compartir y convivir.

Mientras que cada año se hace más evidente el desgaste ambiental y sus consecuencias afectan a más pueblos y ciudades, también se dan a conocer en mayor medida y a un mayor público las alternativas que diversos proyectos a nivel local, regional, nacional y global se están implementando para mitigar y revertir el daño.

En Jalisco, uno de esos proyectos es la red de mujeres articuladas en torno a la Escuela Benita Galeana (EBG) para defensoras de los derechos humanos y ambientales. Fundada en el 2014, ha trabajado por más de una década en el apoyo a mujeres de comunidades rurales, buscando alternativas al modelo económico dominante, capitalista, que extrae el trabajo de las personas y la vida misma, que elimina la abundancia y separa comunidades.

La asociación reconoce el importante papel que tienen las mujeres rurales en el desarrollo sustentable, en la transmisión de conocimientos, como sostén de sus familias, y por ello busca fortalecer sus capacidades técnicas y organizativas.

A través de los espacios de formación, la EBG acerca a las mujeres a los saberes que estaban en el dominio de los hombres de la familia -como la construcción o la siembra- dando pie a procesos de reconexión entre las participantes, consigo mismas, sus vecinas, el paisaje, la tierra.

Por ejemplo, con el proyecto Escuela del Buen Vivir, acompañaron a mujeres de los municipios de Atemajac de Brizuela, Tecolotlán, Poncitlán, Tlajomulco de Zúñiga y Ciudad Guzmán, en 3 años de formación continua en agroecología y ecotecnias.

Durante ese tiempo, se conformaron huertos de traspaso, de plantas medicinales y hortalizas,

para un mejoramiento de la alimentación y, por ende, de la salud de estas mujeres y sus familias. También se construyeron solidariamente fogones artesanales ahorradores de leña, en donde se preparan recetas tradicionales con los ingredientes de las huertas. Las participantes, en los diversos videos que la asociación tiene en sus redes sociales, hablan del impacto positivo que la transición

a la agroecología ha traído a sus vidas y a su comunidad: "tener un huerto significa ver que la tierra es pródiga".

Otra de las líneas de acción de la EBG es articular redes alternativas para los productos agroecológicos y locales, elaborados por pequeñas productoras, para la comercialización justa de sus productos. Así nace el mercado alternativo Flor de Luna, que enlaza las huertas en municipios rurales con compradores conscientes en el Área Metropolitana de Guadalajara.

La constitución del dicho mercadito ha sido un ejercicio de confianza y esperanza entre las productoras, el punto de venta y también los consumidores. Poco a poco ha crecido más allá de la venta, es un espacio para la educación en el cuidado de la salud desde una alimentación libre de agrotóxicos y en la toma de conciencia del consumidor en el comercio justo, en el costo real de la producción agrícola y en los grandes beneficios que éste tiene para todas las partes involucradas.

Dicen que, si vas solo, irás más rápido, pero si vas acompañado, llegarás más lejos; en la carrera contra la degradación ambiental es necesario llegar lo más lejos posible, caminando y aprendiendo en conjunto, implementando en comunidad las alternativas que nos permitan prosperar en armonía con nuestro entorno natural. •

La Escuela Benita Galeana se sostiene a través de donaciones, si te interesa apoyar o conocer más sobre su labor búscalas en facebook: Escuela para Defensoras Benita Galeana AC



Escuela Benita Galeana.

La asociación reconoce el importante papel que tienen las mujeres rurales en el desarrollo sustentable, en la transmisión de conocimientos, como sostén de sus familias, y por ello busca fortalecer sus capacidades técnicas y organizativas.



Fundación Causa Azul A.C

Mujeres Raíces: del campo a la ciudad

Angélica García Cortes, Beatriz García Cortes, Esperanza Pérez Ruiz, Ángeles Gonzáles Carrillo (Mujeres Raíces)
Manuel A. Espinosa Sánchez (ITESO) uka9079@gmail.com

Mujeres Raíces es un colectivo de mujeres artesanas de diversas comunidades rurales y originarias de municipios de Oaxaca, Michoacán, Guerrero, Querétaro y Jalisco que desde hace 20 años -en promedio- se vinieron asentando en el Área Metropolitana de Guadalajara y que, para subsistir, han recuperado sus saberes ancestrales en la elaboración de aretes, pulseras, bolsas, cinturones y demás artículos a base de chaquira, madera, palma, hilo y demás materiales que son bordados, tallados, tejidos, confeccionados o hilvanados como actividad productiva familiar que, una vez terminados, son vendidos como productos artesanales que sintetizan no sólo su fuerza de trabajo sino también sus saberes aprendidos desde la infancia y transmitidos por las abuelas y tías.

En estos productos ornamentales, domésticos, utilitarios o decorativos también conllevan la impronta de la imaginación de cada manufactura y su buen gusto

para crear artículos únicos e irrepetibles, mientras que en ellos se condensa su idiosincrasia y, más aún, la cosmogonía heredada de generaciones en generaciones hasta llegar a estas custodias actuales de sus culturas comunitarias.

Este colectivo de mujeres ayuuk, wixaritari, ñahñú, p'urhépecha y ñuu savi se encuentran todos los sábados de las 10 am a las 10 pm en el Tianguis de artesanías de A. Chapultepec (Guadalajara), y también se han presentado a exponer y vender sus productos en muy diversos sitios y escenarios públicos: Parque Rojo y Plaza Universidad en Guadalajara, en la Plaza de las Américas en Zapopan, y recientemente en el ITESO, en Tlaquepaque, entre otros. No obstante, acceder a estos espacios no ha sido sencillo.

Desde la múltiple estigmatización o interseccionalidad de ser mujer, originaria, madre y artesana en una tierra que ahora es ajena y un escenario cotidiano que no es el terruño propio, sino que es el de la hegemonía mestiza con aspiraciones otras que niega sus raíces profundas, este colectivo de mujeres se ha propuesto

hacer la fuerza juntas para resistir en red y abrirse espacios para ser tapatías a su manera, de la ciudad sin dejar de ser del campo, para sobrevivir dignamente.

Se trata de apoyarse mutuamente como artesanas para ofrecer sin empacho productos únicos, genuinos y hechos a mano en la era de la artificialidad: de las figuras modificadas quirúrgicamente, de los comestibles repletos de pesticidas y químicos que parecen alimentos, de los complejos algoritmos automatizados que suponen inteligencia y, en general, el gran aporte de este grupo de mujeres es que ofrecen raíces, sentido, pertenencia, identidad, proyecto y un brillo propio como estrellas brillantes en el firmamento vacío de las apariencias.

Y como tales, esta colectividad tiene proyecto propio. Un sueño de superación personal con identidad comunitaria, la utopía de ser tapatías, pero también originarias, de ser capaces de regresar a la fiesta patronal del pueblo propio cada año, de que las hijas e hijos aprendan español e inglés en la escuela, pero también ayuuk, wixaritari, ñahñú, p'urhépecha o ñuu Savi, es decir, un proyecto de vida que tengan piso parejo, porque sin ello, ni hay vida ni proyecto, ni para ellas ni para nadie. •



Manuel A. Espinosa Sánchez

Mujeres jóvenes de Ayotlán como sujetas activas de sí mismas



Jóvenes reunidas en la plaza principal de Ayotlán en el 8M. Blanca Hurtado

Blanca Esthela Hurtado Escoto Licenciada en Sociología. Maestra en Gestión y Desarrollo Social. Doctorante en Estudios e Intervención Feministas. Colaboradora en el Centro de Estudios sobre Violencia, UDG. Colaboradora en el Laboratorio Sobre la Condición Juvenil Rural

Durante siglos, a las mujeres se nos ha silenciado e invisibilizado de mil maneras y en la mayoría de los ámbitos de la vida: se nos ha delegado a lo privado y se nos ha despojado de los espacios públicos. Derivado de ello, las luchas feministas han sido clave para lograr cambios a nivel social sobre el reconocimiento de las mujeres y aunque todavía nos queda un largo camino por recorrer, poder nombrarnos como sujetas de derechos es un logro que solo le podemos atribuir al movimiento feminista.

No obstante, dentro de esta lucha, faltan mujeres por seguir nombrando y reconociendo; es una deuda histórica, se ha invisibilizado a mujeres que no son consideradas dentro del espectro hegemónico, sin privilegios de raza y clase.

Frente a una problemática de desvalorización de la vida en todos los aspectos, las juventudes, y en específico las mujeres, generan resistencias y accionares ante situaciones hostiles y violentas, como la precarización de la vida, el despojo de tierras y el patriarcado en contextos rurales y rancheros de Jalisco.

Desde los enfoques feministas, se sostiene que las mujeres son quienes más participan y sostienen la vida, con dobles o triples jornadas de trabajo no pagado. Lo que ya ha mencionado Silvia Federici, el trabajo no pagado de las

mujeres, sostiene la maquinaria capitalista, se perpetua la opresión y las relaciones de poder basadas en la división sexual del trabajo.

Ante esto, en el caso específico de Ayotlán, me pregunto, ¿cómo accionan y resisten las mujeres jóvenes en estos contextos de patriarcado rural y ranchero?

Partiendo desde la propia experiencia y desde las voces de algunas compañeras que habitan el espacio, encuentro algunos aspectos clave en los que las jóvenes se vuelven sujetas activas de sí mismas cuando se enfrentan ante este contexto.

Por un lado, encontramos que las jóvenes están reconfigurando sus subjetividades en relación a las formas en que se perciben a ellas mismas y a otras mujeres de su alrededor, es decir, reconocen las violencias impuestas sobre las mujeres por el simple hecho de serlo, como en la escuela, con comentarios sexistas por parte de sus profesores o de sus mismos compañeros, que van desde des-

pojar de la posibilidad de opinar, o participar en actividades deportivas por ser consideradas varoniles.

Reconocen también, la importancia de la independencia económica al ser mujeres, ya que esto les permite salir del control patriarcal que los hombres de su alrededor ejercen sobre ellas, comenzando por la figura paterna, quien a través del control económico, también puede controlar su vida. Que las jóvenes estén desafiando este mandato, hace que el funcionamiento de la unidad familiar patriarcal poco a poco se desdibuje en los espacios rurales; esto también permite que otras figuras femeninas de su familia, puedan tener independencia económica e imaginar una vida fuera de los parámetros en los que siempre les han enseñado a vivir.

En Ayotlán, las mujeres tienen menor acceso al trabajo en el campo y las juventudes se enfrentan a un despojo simbólico de la tenencia de la tierra, con el avance de la industrialización y la agroindustria, el municipio se ha convertido en sede de empresas agroalimentarias, cárnicas y de producción de tequila. En el imaginario de las juventudes, ya no se encuentra siquiera la posibilidad de pensar

Desde los enfoques feministas, se sostiene que las mujeres son quienes más participan y sostienen la vida, con dobles o triples jornadas de trabajo no pagado. Lo que ya ha mencionado Silvia Federici, el trabajo no pagado de las mujeres, sostiene la maquinaria capitalista, se perpetua la opresión y las relaciones de poder basadas en la división sexual del trabajo.

PARA MI, RESISTIR DESDE MI CONTEXTO ES NO ACEPTAR QUE EL ACOSO ES UN HALAGO, SEGÚN LOS HOMBRES, Y QUE NO SE RESPETE MI PALABRA POR SER JÓVEN Y REVOLUCIONARIA.

AMAIRANY, 21 AÑOS.
AYOTLÁN, JALISCO

YO SINAÍ, OPONGO RESISTENCIA DÍA A DÍA EXPRESANDO MI OPINIÓN O MI DESACUERDO ANTE PRÁCTICAS Y/O PENSAMIENTOS MACHISTAS MANIFESTADOS DENTRO DE MI FAMILIA, CÍRCULO SOCIAL, ESCUELA E INCLUSO DENTRO DEL DEPORTE QUE PRACTICO (VOLEIBOL). ASIMISMO, BRINDO MI ESCUCHA Y APOYO A QUIEN EXPERIMENTÓ O ESTÁ EXPERIMENTANDO CUALQUIER FORMA DE MACHISMO.

SINAÍ, 18 AÑOS. AYOTLÁN,
JALISCO

en sostener la vida a partir del trabajo en el campo, aunado a la precarización que las políticas neoliberales han instaurado sobre él.

En este sentido, derivado de la realidad que rodea a las jóvenes, una vía de escape ha sido la migración a las ciudades más cercanas para estudiar una licenciatura, esto se ha convertido en una aspiración para la mayoría de las mujeres jóvenes en contextos rurales, pues es una vía donde pueden obtener libertad fuera del control familiar y, a su vez, perfilarse para el acceso a una independencia económica por medio del ejercicio de la profesión.

Esto es un fenómeno relativamente nuevo, anteriormente, a

quienes se les permitía migrar en mayor medida era a los varones, ya sea con fines de trabajo, o bien, para poder acceder a la educación superior. Esto ha ido transformándose con el paso del tiempo y con las nuevas demandas y necesidades que tienen las mujeres. Las desigualdades propias de los territorios influyen en la manera en que el patriarcado en los entornos rurales se manifiesta.

Si bien las jóvenes incorporan nuevas perspectivas, el sistema patriarcal no se erradica, sino que experimenta una reconfiguración y una legitimación diferenciada. Este fenómeno se observa en discursos que, aunque presentan una apariencia progresista, continúan perpetuando desigualdades estructurales. Un ejemplo de ello es el denominado feminismo "blanco", el cual enfatiza la equidad sin cuestionar de manera profunda las estructuras de poder que sostienen la desigualdad de género y que se perpetua desde las instituciones. No obstante, las jóvenes resisten desde sus individualidades y generan transformaciones en sus pequeños espacios, se consideran a sí mismas como revolucionarias. •



Mujeres realizando monitoreo de calidad del agua. Héctor Morales

Mujeres que sostienen la vida y el territorio

Brenda Valdez García Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), Profesora PAP brendavaldezgar@gmail.com **Ana Gabriela Ortiz Ramos** Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), Asesora Especializada PAP, anna.gabriela.ortiz@gmail.com **Ernesto Saúl Romero Soltero** Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), Asesor Especializado PAP romeros.ernesto11@gmail.com

El territorio no es solo un espacio físico; es un tejido vivo que incluye paisaje, comunidad, memoria y futuro. Su defensa se expresa desde prácticas cotidianas, saberes heredados, trabajo colectivo y una fuerte convicción ética y emocional. Esto sucede en el Proyecto de Aplicación Profesional (PAP) San Pedro Valencia, impulsado por el ITESO.

Colaboramos con comunidades ricas en naturaleza, historia y cultura, para defender y conservar ecosistemas y medios de vida. En este territorio de disputa por el agua y los bienes comunes, marcado por una expansión industrial, muchas mujeres se alzan como cuidadoras de la tierra y de la vida. Ellas sostienen la memoria del territorio, cultivan alimentos sin veneno, protegen el agua y reconstruyen tejido social dentro y fuera de sus hogares.

En el corazón de esta defensa están Ana, Leticia y Liliana, quienes han compartido conocimiento y visión sobre cuidar y resistir desde su trinchera, no solo como práctica afectiva o doméstica, sino como un acto político que exige redistribución de cuidados y re-

conocimiento social.

Leticia González, habitante de Santa Cruz de las Flores, empezó con desconocimiento de los recursos naturales del lugar. De a poco se integró a la comunidad y, con el apoyo de un espacio comunitario para el cuidado ambiental, reinterpretó su entorno. Hoy, es clave en la organización comunitaria, informa y denuncia abusos y forma parte del colectivo 'Defensores del Agua'. Reconoce barreras de género en espacios públicos, pero se enfrenta a las autoridades sin miedo.

La participación femenina en la toma de decisiones se complica por la desigualdad en la distribución de cuidados en el hogar. Según la ENUT 2019, las mujeres dedican tres veces más tiempo que los hombres a cuidados y trabajo no remunerado. Leticia expresa que su deber también es proveer cuidados en casa: "a veces descuido un poquito mis quehaceres."

En muchas comunidades, las mujeres han sido principales cuidadoras de vida en todas sus dimensiones. El cuerpo y la tierra están conectados; cuando uno se daña, el otro también sufre. Frente al extractivismo, la agroindustria y los megaproyectos, las mujeres

resisten desde una ética del cuidado que defiende la vida en su integralidad.

El cuidado no solo ocurre en asambleas o marchas, también sucede en hogares, consultorios, cocinas, patios, escuelas y actividades cotidianas.

Ana Vianey, médica de familia de la región Valles, encarna esta ética en su vida personal, profe-

Colaboramos con comunidades ricas en naturaleza, historia y cultura, para defender y conservar ecosistemas y medios de vida. En este territorio de disputa por el agua y los bienes comunes, marcado por una expansión industrial, muchas mujeres se alzan como cuidadoras de la tierra y de la vida.

sional y comunitaria. Para ella, el cuidado es proteger la vida, desde prácticas personales hasta acompañar a su comunidad para mejorar hábitos: "si no tengo salud, no puedo cuidar a nadie más". Ha enfrentado estructuras machistas al dialogar con ejidatarios de su región para evidenciar los efectos de los agroquímicos en la salud comunitaria. "Es poco valorado el trabajo que tiene la mujer dentro de la sociedad". Al inicio, sus propuestas fueron recibidas con escepticismo, pero ha logrado avances que muestran la urgencia de reconocer la labor femenina en la defensa del territorio.

Liliana Flores, de San Pedro Valencia y presidenta de la cooperativa de pescadores, afirma que defender es cuidar y eso es igual a vida. Su principal labor es cuidar y mantener viva la presa de Hurtado o presa de Valencia para las generaciones futuras: "quiero que crezcan con la idea de cuidar nuestro ambiente, nuestra presa." Para ella, el cuidado comienza por una misma: "me tengo que proteger, yo misma me tengo que amar."

Orgullosa, sigue el legado de su padre en la cooperativa de pescadores, donde mayormente son hombres. Como única mujer que trabaja en la presa, reconoce diferencias de pensamiento entre hombres y mujeres; describe lo complicado que es trabajar siendo mujer en ese espacio. Ser "enojona y arrebatada", le ha traído

dificultades, pero la ha llevado a integrarse.

El mensaje de estas tres mujeres es recordarnos la importancia de reconocernos como portadoras de vida, con toda la responsabilidad y fuerza que eso implica. Desde el cuidado propio y colectivo podemos educar, resistir y transformar. Aunque el camino sea difícil, no hay que desanimarse: "nosotras podemos, sabemos y seguimos aprendiendo juntas" — Liliana.

Como ellas, muchas mujeres defienden y cuidan, y aunque cada una diferente, se vislumbra un horizonte común para vivir libres y en armonía con la tierra.

Agradecemos y reconocemos a ellas por compartirnos su experiencia en la lucha, y a las demás mujeres que también cuidan y defienden la vida. Invitamos a que sigan luchando juntas, inspirando, aprendiendo y acompañándose. No se cuida lo que no se conoce, lo que no se ama. Estas mujeres aman mucho.

Busquemos reconocer los cuidados sobre los que se sostiene la vida, garantizar la representación en decisiones colectivas y redistribuir equitativamente la responsabilidad del cuidado de los cuerpos y del medio ambiente. El cuidado, muchas veces negado e ignorado, es fundamental para brindar sentido y disfrute a la vida. Por eso, la reciprocidad con quienes nos cuidan es esencial. Estar cuidadas para cuidar. •



Presa del Hurtado, Jalisco. Miriam Larios

Papel de las mujeres mexcaltecas en las dinámicas productivas y económicas familiares

Cinthia Citlali De Dios Villegas Egresada de la maestría en Ciencias para el Desarrollo, Sustentabilidad y Turismo, Universidad Autónoma de Nayarit citlali.ddiosville.21@gmail.com

La Isla de Mexcaltitán es una localidad que se encuentra localizada en el municipio de Santiago Ixcuintla, a aproximadamente 100 kilómetros de Tepic, la capital del estado. Es un islote de 350 metros de diámetro y está asentado sobre la zona costera de Reserva de la Biósfera Marismas Nacionales. Aunque actualmente es acreedor al título de Pueblo Mágico, no es el turismo la principal actividad económica, pues históricamente la población se ha dedicado a las actividades productivas pesqueras y el comercio.

Como parte de los resultados del trabajo de campo de una tesis de maestría, se develaron y afloraron historias de vida en las que las mujeres han ejecutado un rol protagónico en los procesos productivos y reproductivos, donde son las encargadas de dinamizar la economía de sus hogares por medio de pequeños emprendimientos, y son las poseedoras de los saberes y haceres que involucran los procesos de las artesanías y los servicios gastronómicos.

La actividad principal productiva en la isla es a la pesca. Sin embargo, no es un trabajo que se limite a los hombres, pues en algunos casos familiares las mujeres han tenido que incorporarse a la actividad con el objetivo de ayudar con la mano de obra, y con

ello garantizar mejores cosechas y, por ende, mejores ingresos para la familia. En las entrevistas que se realizaron durante el trabajo de campo, las mujeres hablaron sobre cómo la incorporación a la actividad, si bien representaba una mejora y una ayuda, también repercutía en su trabajo del hogar y en el cuidado de sus hijos; sin embargo, el formar parte del proceso y adquirir el conocimiento del mismo les dotaba de capacidades de las cuales no se podía prescindir.

Sin embargo, el rol protagónico de las mujeres se visualiza con mayor claridad e importancia al momento del comercio de los productos. La actividad pesquera en Mexcaltitán tiene dos funciones principales: la primera es garantizar el alimento de quienes la trabajan, y la segunda, es proporcionar mejores ingresos al hogar mediante la venta del camarón o pescado, ya sea en condiciones crudas o secas. En este momento, las mujeres son las que propician la venta. Ellas son quienes se encargan de salir de la isla hacia la cabecera municipal, Santiago Ixcuintla, para vender el producto en la zona del bordo. En este lugar, desde hace muchos años, se ha destinado un espacio para que las mujeres de la isla se instalen con sus hieleras para vender el camarón, el pescado y las bolsas de camarón de seco. Sin embargo, esta actividad, a lo largo de los



Isla de Mexcaltitán. Gobierno de Nayarit

años, les ha representado el enfrentamiento a distintas presiones y retos, derivados de los tiempos de veda y del crimen organizado.

A pesar de que la población mexcalteca ha tenido que incursionar en los servicios para los turistas, los negocios ambulantes desde hace algunos años han formado parte de las dinámicas económicas de la localidad, y las mujeres son quienes predominan en ellos. Bajo esta condición, una vez más las mujeres son quienes han sido las interesadas y encargadas de desarrollar pequeños negocios que oferten servicios de alimentos para los visitantes; por ejemplo, hay quienes tienen puestos ambulantes en la plaza del pueblo en donde venden bebidas refrescantes como los raspados de jarabes de frutas o comida tradicional del lugar, como las tostadas de ceviche de camarón, el paté de camarón, el ceviche de pescado, tortillas de camarón, puestos de tacos y tortas, así como quienes venden tamales de camarón.

Por otro lado, las mujeres mexcaltecas también tienen una participación principal en la elaboración y el negocio de las artesanías. Debido a las condiciones naturales donde se encuentra asentada la isla de Mexcaltitán, es una zona biótica donde predomina el mangle y las plantas como el lirio. Estas dos especies son aprovechadas y con ellas se elaboran artesanías propias de la isla. Con el mangle, se realizan barcinas (esta es una artesa-

nía particular de la isla que sirve para conservar el camarón seco), y cuando lo combinan con el lirio se hacen lámparas, cestos, servilleteros, tortilleros, abanicos de mano, entre otros artículos representativos de Mexcaltitán. Sin embargo, el conocimiento de cómo elaborar estas artesanías radica principalmente en tres mujeres mexcaltecas y son ellas quienes tienen individualmente el negocio.

Los proyectos y procesos descritos anteriormente, poco a poco han servido no solo para que las mujeres mexcaltecas tengan me-

jores ingresos económicos que ayuden en la construcción y en las dinámicas de sus hogares, sino que les han brindado una capacidad para apropiarse y reconocerse en un rol importante dentro de sus familias. Este papel protagónico les ha permitido dejar de minimizar su rol en los procesos, y el reconocerse en ellos les ayuda para la identificación de ámbitos de participación en donde puedan aportar y desarrollar ideas que les permitan seguir siendo parte de procesos productivos, económicos y de identidad, siempre en beneficio de ellas y sus familias. •



Doña Teresa y sus tortillas de camarón. Facebook Hotel "La Gran Tenochtitlán".

A pesar de que la población mexcalteca ha tenido que incursionar en los servicios para los turistas, los negocios ambulantes desde hace algunos años han formado parte de las dinámicas económicas de la localidad, y las mujeres son quienes predominan en ellos.



Cultivo de cebolla. Luis Gerardo Mercado

Defender la vida: Mujeres, territorio y resistencias cotidianas

Daniela Mabel Gloss Nuñez Centro Interdisciplinario para la Formación y Vinculación Social mabelgloss@iteso.mx

Actualmente las mujeres asumen un rol central en la defensa del territorio y la vida. Frente a mandatos de género y los sistemas de cuidados dominantes, ellas se encargan del cuidado familiar y comunitario. Estas tareas, invisibles y no remuneradas, hacen que cualquier afectación ambiental — contaminación, despojo de tierras o falta de agua limpia— impacte su cotidiano, amenace su supervivencia y las de sus familias.

La sobrecarga de trabajo de cuidados limita la participación política, educativa y económica de las mujeres, la atención a su salud y la construcción de un proyecto de vida propio. Cuando la supervivencia cotidiana es un reto, las afectaciones ambientales añaden una capa de dificultad.

La defensa del territorio de las mujeres llega a revolucionar la familia, la comunidad y sus agrupaciones. Un aspecto que se ve amenazado por su participación política es el sistema de cuidados actual: desigual y

volcado hacia las mujeres. Una buena parte de defensoras reconoce haber recibido distintas violencias, por ser mujeres y defensoras, como una respuesta defensiva de los sistemas de cuidados que sostienen.

Las mujeres representan el 67% de la fuerza laboral de cuidados y realizan el 76% sin remuneración, según la Organización Mundial de la Salud. En la pandemia de COVID-19 aumentó la carga de cuidados, la violencia de género y las dificultades económicas. Esto evidencia que existen distintos mecanismos sociales, marcados por la violencia, para presionarlas y asegurar el cumplimiento de su rol de cuidadoras. Algunos mecanismos operan en la cultura comunitaria: cuando se reprueba a las mujeres que

salen de su casa y son visibles en espacios públicos; califican de “locas”, “argüenderas” o “desquehaceradas” a las que denuncian, gritan, se hacen oír y se enojan; se sanciona o juzga a las defensoras porque realizan otras actividades a las aceptadas por la comunidad, como el cuidado de la familia, la iglesia o el proselitismo político.

Culpa, vergüenza, miedo y soledad son emociones que, mediante reacciones de actores comunitarios, se estimulan en las defensoras para desalentar su lucha. Esta se vuelve profundamente personal en términos de autonomía, autoconfianza, autocuidado, autodefensa, y la construcción de un proyecto propio. Una lucha por el derecho a existir, a disentir, a hablar, a construirse.

El involucramiento de las mujeres en la defensa del territorio es central porque sus luchas contienen, al modo de una matrioska, distintas revoluciones y desafíos. Así, su participación es una amenaza para quienes promueven las afectaciones ambientales y se benefician de las desigualdades. La violencia de género es una herramienta clave en los conflictos socioambientales para los opositores, ya que desmotiva, restringe y daña la participación de las mujeres en las luchas. Sumadas a las que están expuestas las personas defensoras del territorio, las violencias de género por parte de los opositores toman muchas formas, pero las más notorias se identifican en el discurso de aquellos con intereses comu-

nes. Así, es posible identificar violencias de género a partir de los párrocos locales, funcionarios públicos, medios de comunicación, habitantes de la comunidad, integrantes de partidos políticos, empresas, grupos criminales, entre otros.

A partir del trabajo de investigación del que deriva este texto, realizado en las 12 regiones del estado de Jalisco, se han observado distintos tipos de violencias exacerbadas y vulnerabilidades, especialmente en relación con intereses de desarrollo inmobiliario y en zonas con alta presencia del crimen organizado. Aunque se observa en todas, llama la atención que esto ocurre de forma pronunciada en regiones como Norte, Costa Sur, Costa Sierra Occidental, Ciénega, Sierra de Amula y Sureste. Es importante hablar de las comunidades que se encuentran alejadas del Área Metropolitana de Guadalajara, pues cuentan con menor visibilidad mediática, académica y política, nacional e internacional. Es necesario referir a la lucha de las mujeres coca, wixárika y nahuas del estado, pues como mujeres defensoras e indígenas, enfrentan una capa adicional de violencias y desigualdad.

Debemos nombrar las violencias, pero también destacar que son contrarrestadas mediante herramientas individuales y colectivas que las mujeres generan para sostener su defensa del territorio, sus vidas y las de sus familias. Comprender las realidades de las defensoras significa entender que no están “aisladas”: pertenecen a las mayorías de este país, conocen dónde viven y enseñan a otras mujeres a reconocerse como parte de su entorno. Las aisladas, somos, hemos sido y seremos, las mujeres urbanas, las que probamos las vainas de mezquite y los frutos del guamúchil en nuestros treinta; las que apenas en la adultez reconocimos a los tabachines como los árboles que dan las vainas con las que hacíamos sonajas de niñas. Una vez que nos encontramos con las mujeres defensoras y con los nombres que nos pertenecen, y a los que pertenecemos, será -o tendría que ser- muy difícil retroceder. •

Este texto se vincula al proyecto de investigación *Políticas de los cuidados. Las luchas por la defensa del territorio de las mujeres en Jalisco*, ITESO

La defensa del territorio de las mujeres llega a revolucionar la familia, la comunidad y sus agrupaciones. Un aspecto que se ve amenazado por su participación política es el sistema de cuidados actual: desigual y volcado hacia las mujeres.



Suplemento informativo de *La Jornada*

19 de julio de 2025
Número 214 • Año XVII

COMITÉ EDITORIAL

Armando Bartra
Coordinador

Enrique Pérez S.
Sofía Irene Medellín Urquiaga
Milton Gabriel Hernández García
Hernán García Crespo

CONSEJO EDITORIAL

Gustavo Ampugnani, Cristina Barros, Armando Bartra, Eckart Boege, Marco Buenrostro, Alejandro Calvillo, Beatriz Cavallotti, Fernando Celis, Susana Cruickshank, Gisela Espinosa Damián, Francisco López Bárcenas, Cati Marielle, Yolanda Massieu Trigo, Julio Moguel, Luisa Paré, Enrique Pérez S., Víctor Quintana S., Héctor Robles, Eduardo Rojo, Lourdes E. Rudiño, Adelita San Vicente Tello, Carlos Toledo, Víctor Manuel Toledo y Antonio Turrent.

Publicidad
publicidad@jornada.com.mx

Diseño Hernán García Crespo 

La Jornada del Campo, suplemento mensual de *La Jornada*, editado por Demos, Desarrollo de Medios, SA de CV; avenida Cuauhtémoc 1236, colonia Santa Cruz Atoyac, CP 03310, alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México. Tel: 9183-0300. Impreso en Imprenta de Medios, SA de CV; avenida Cuitláhuac 3353, colonia Ampliación Cosmopolita, alcaldía Azcapotzalco, Ciudad de México. Tel: 5355-6702. Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta publicación, por cualquier medio, sin la autorización expresa de los editores. Reserva de derechos al uso exclusivo del título *La Jornada del Campo* número 04-2008-121817381700-107.

www.delcampo.org.mx

 @jornadadelcampo

 facebook.com/lajornada.delcampo

 issuu.com/lajornadaonline



Imagen de portada: Asamblea Náyeri-Wixárika en Mesa del Nayar, Otoño del 2014. Manuel Espinosa



Arnoldo Delgadillo

Avivar el fuego

Gladys Guadalupe Espinoza González Asesora Pedagógica en Universidad de Colima, Coordinadora del Colectivo Mujeres del Fuego
gladys_espinoza@uclm.mx gla11.azonipse@gmail.com

Hace nueve años se inició la conformación de un colectivo de cocineras tradicionales en el municipio de Comala, Colima. Mujeres del Fuego, provenientes del volcán y de la tierra fértil, de la transformación que nos da el fuego como elemento, de la unión que el mismo fuego propicia de manera íntima en la cocina. El objetivo sólo se centraba en la documentación del ámbito educativo; cómo cada cocinera tradicional recibió sus conocimientos, cómo ellas transmitían sus saberes a las siguientes generaciones. En el recorrido, la travesía del colectivo ha cambiado; centrado en la difusión y preservación de la cocina tradicional a través de las muestras gastronómicas, talleres, festivales, encuentros entre cocineras, emprendimiento y consolidación de proyectos, se han diversificado los alcances del proyecto, pues temas como

la agroecología, turismo, economía solidaria, desarrollo comunitario, género, tienen ahora un lugar importante.

Las redes de colaboración que se han hilvanado son parte de un crecimiento al que nombramos “paso a paso”, impacto positivo plasmado en diferentes productos (libros, artículos, programas de radio, actividades, nombramientos etc.), pocas colaboraciones han sido interrumpidas por no tener los mismos objetivos y mostrar una lucha de intereses en desigualdad, nueve años de aprendizaje.

Universidades como la Anáhuac, Universidad de Colima, Instituto Ambrosía, el ITESO, cocineros tradicionales de todo el país, colectivos conformados, LEM (Centro de producción de lecturas, escrituras y memorias) a través de su Diplomado Latidos de la Cocina Tradicional Mexicana, asociaciones de mexicanas en Italia, embajada de México en El

Vaticano, embajada de México en Chile y el Movimiento Internacional Slow Food son algunos de los referentes que más impacto han tenido en el Colectivo Mujeres del Fuego por dos razones; una de ellas, es que el acercamiento ha permitido reestructurar, mirar desde las fortalezas y avanzar de alguna y muchas maneras el ámbito como la difusión a nivel nacional e internacional; existe una preparación constante para realizar ponencias, presentaciones a través de los platillos, participación en foros, no ha sido fácil, implica adaptación de espacios para cocinar, una planeación muy cercana a la realidad de las cocineras, preparación de integración para conocer con apertura otras culturas, aspectos muy importantes para quienes en el quehacer de difundir también implica una comunicación eficiente y eficaz; capacitación en temas de diversos como lo ha sido el tema de género, desarrollado a través de conferencias, talleres; clases de cocina en diplomados regionales, organización del primer Festival Nacional de Cocineras Tradicionales en el país, el primero que nace en un municipio (gobierno municipal) y que termina con un impacto positivo, turismo, economía, un movimiento local concreto. La segunda razón es la

consolidación de la identidad del colectivo, se asume que en figura jurídica este aspecto es lento, sin embargo la identidad se sigue desarrollando gracias a todas las colaboraciones, nada está parado, todo es dinámico. La estufa, el distintivo del colectivo, diseños de cada aspecto que acercan a lo que se quiere concretar para que Mujeres del Fuego despegue a nivel local (y se dice a nivel local, porque es necesario un espacio propio del colectivo), es como si el fogón estuviera prendido lis-

to para cocinar, pero cocinamos varias cosas al mismo tiempo y la leña ahí está esperando que se le siga atizando, “avivando el fuego”, cada una de las actividades fortalece algún aspecto, se gestionan y se concretan desde la mirada de la aportación y desde tener la posibilidad de hilvanar redes para entretener cada acción.

Las experiencias han nutrido a nivel individual y colectivo; organizar brigadas, hacer equipos, conformar una comunidad real, ha sido un reto de reeducación, se puede pensar que hasta cultural porque lo hemos vivido, pensar en el otro, sumar a partir de las coincidencias y fortalezas, claro que se ha logrado.

Cada experiencia ha sido para redireccionar, abrazar todo aquello que le da sentido a seguir alimentando como colectivo; la participación de las compañeras de comunidades indígenas en los eventos promovidos por Slow Food a nivel América Latina y dos participaciones a nivel Terra Madre en Italia con más de 150 países no es cualquier cosa, las presentaciones internacionales son un compartir profundo con extranjeros que se interesan en conocer, crea redes de trabajo e intercambio sin igual, capital cultural que inspira, mueve, y donde se gestan nuevas ideas para trabajar en conjunto. La mejor carta de presentación considero que ha sido la responsabilidad y compromiso que se tiene al decir sí a un nuevo reto, una responsabilidad que implica preparar cocineras, formarnos, tener apertura y actuar. •



Arnoldo Delgadillo

Las redes de colaboración que se han hilvanado son parte de un crecimiento al que nombramos “paso a paso”, impacto positivo plasmado en diferentes productos (libros, artículos, programas de radio, actividades, nombramientos etc.), pocas colaboraciones han sido interrumpidas por no tener los mismos objetivos y mostrar una lucha de intereses en desigualdad, nueve años de aprendizaje.



20241209_154242.jpg

Testimonio

Marcelina Sánchez Hernández Antropóloga y estudiante de la Maestría en Estudios Mesoamericanos Marcesh06@hotmail.com

Soy ejidataria desde el año 2012 y, desde hace dos años, presidenta del Ejido de Palos Altos. Soy la primera mujer en ocupar este cargo en toda la historia del ejido. Asumir esta responsabilidad en un espacio tradicionalmente gobernado por varones no ha sido fácil. No solo se trata de tomar decisiones agrarias; se trata también de romper con una estructura patriarcal que históricamente ha negado a las mujeres la posibilidad de ejercer autoridad sobre la tierra.

Las relaciones de poder en el campo se configuraron desde el momento en que la tierra fue repartida bajo el régimen ejidal, un modelo que priorizó el acceso masculino y subordinó a las mujeres. Esta distribución, lejos de ser neutral, cimentó una visión

excluyente que marginó a las mujeres de su vínculo con la tierra, a pesar de que siempre han estado inmersas en su cuidado y cultivo. Las estructuras de dominio que surgieron de ese reparto siguen vigentes: el acceso de las mujeres a la tierra ocurre casi siempre en condiciones desiguales, mediado por figuras masculinas. En un territorio regido por normas sociales patriarcales, sigue siendo complicado que una mujer ejerza su derecho sobre la tierra. Tener un título no basta si la comunidad aún duda de nuestra capacidad para decidir sobre lo que nos pertenece.

De las 176 mujeres que tenemos derechos ejidales, somos muy pocas las que trabajamos directamente nuestras parcelas. En muchos casos, cuando hay hijos varones, son ellos quienes

siembran o deciden cómo utilizar la tierra. Algunas compañeras —aunque tienen el derecho— terminan rentando sus parcelas a campesinos porque no cuentan con apoyo, herramientas o reconocimiento. Otras mujeres, sobre todo en ejidos donde ya se hizo el trámite para el dominio pleno, se quedaron solo con derechos sobre los bienes de uso común, porque las parcelas ya fueron vendidas. Así, el acceso a la tierra para nosotras sigue siendo parcial, condicionado o frágil.

Existe una relación profunda, antigua, entre la mujer y la tierra. Ambas han compartido un mismo destino: el de nutrir, sostener,

resistir. Pero esa relación ha sido rota. La sobreexplotación de la tierra y la subordinación de las mujeres, son dos rostros de una misma historia. No se trata solo de un problema agrícola o legal, sino de una fractura civilizatoria: durante siglos, el patriarcado —como sistema histórico— ha fragmentado este vínculo de reciprocidad, despojando tanto a la tierra como a las mujeres de su centralidad en la vida comunitaria.

En nuestros territorios, la tierra sigue siendo posesión casi exclusiva de los hombres. El régimen ejidal reforzó esa lógica: los títulos están a nombre de los varones, y muchas mujeres solo acceden a la tierra por medio de sus esposos o hijos. Incluso dentro de nosotras se reproduce esta forma de pensar. Llevamos una represión heredada, no solo la nuestra, sino la de nuestras madres, de nuestras abuelas.

Como presidenta del ejido he impulsado acciones que no se habían realizado en más de treinta años: la actualización del padrón ejidal, la rehabilitación de caminos saca cosechas, entre otras. Pero más allá de las gestiones administrativas, el mayor reto ha sido reconstruir el tejido comunitario. En los ejidos se ha instalado una lógica individualista y competitiva, donde cada quien vela por su parcela y pocas veces se piensa en el bien común.

Para actuar, primero hay que observar: darnos cuenta de que hemos perdido el contacto profundo con la tierra. La forma en que hoy practicamos la agricultura —industrializada, acelerada, subordinada al mercado— nos aleja de ella. Bajo esta lógica, la tierra ya no es territorio: es mercancía. Y cuando se piensa así, también se rompe la comunidad.

Me preocupa profundamente el uso que le estamos dando a la tierra bajo el modelo de agricultura impuesto por las agroindustrias. En lugar de cuidarla, la exprimimos. En lugar de agradecerle, la contaminamos. Así, perdemos el vínculo que por generaciones sostuvo a nuestras comunidades: una relación de reciprocidad con el territorio. Cuando dejamos de mirar a la tierra como fuente de vida y empezamos a verla solo como recurso o mercancía, algo se rompe, no solo afuera, sino también dentro de nosotras.

Pienso mucho en cómo generar este sentimiento hacia la tierra en los niños, porque si no se aprende

desde ahí, ¿entonces cuándo? El vínculo con la tierra no solo tiene que ver con sembrar, también implica lo que se despierta en cada persona al reconocerse parte del territorio.

Aunque hoy resulta difícil —porque gran parte de la tierra está en manos privadas, y el cambio de uso de suelo es una realidad en nuestros municipios con la expansión de huertas de aguacate y limonera— aún existen espacios de esperanza. Las parcelas ejidales, por ejemplo, podrían convertirse en herramientas de resistencia frente al despojo.

En todos los ejidos existen parcelas escolares, sin embargo, muchas han sido rentadas para obtener un beneficio económico inmediato. Esas tierras podrían tener otro destino: convertirse en espacios comunitarios donde se involucren niños, padres de familia y maestros en proyectos de cultivo, memoria y cuidado. Sería una forma de vincularnos nuevamente con la tierra, desde la infancia, desde lo colectivo. Porque la colectividad también es una práctica, también es una siembra. Y no comenzaríamos de cero; hay memoria en el territorio.

Una de las mujeres de la región me compartió unas semillas nativas, y con ellas comenzamos a sembrar. Durante siete años las cultivamos con cuidado, y ese esfuerzo silencioso hizo que la semilla se fortaleciera. Hoy, esa misma semilla nos permite sembrar media hectárea completa. Lo que comenzó como un gesto pequeño se convirtió en una experiencia transformadora, me acercó a otras mujeres, me mostró que mi preocupación no era solo mía.

Sembrar de esta manera también me ha permitido encontrarme con mujeres que han perdido el acceso legal a la tierra, pero que no han roto su vínculo con ella. Hablar con ellas es como escuchar a la tierra misma, su memoria no está en los títulos, sino en las manos, en la voz, en el cuidado que no se abandona. En ellas, como en la semilla, vive una forma antigua y vigente de resistir.

Para mí, ha sido profundamente satisfactorio buscar y retornar a la tierra, porque eso me permite generar vínculos, abrir espacios de escucha y observar dónde está la verdadera resistencia. Hay otras formas de mirar, otras formas de habitar el territorio: una de ellas es desde el amor a la tierra. •

Las relaciones de poder en el campo se configuraron desde el momento en que la tierra fue repartida bajo el régimen ejidal, un modelo que priorizó el acceso masculino y subordinó a las mujeres. Esta distribución, lejos de ser neutral, cimentó una visión excluyente que marginó a las mujeres de su vínculo con la tierra, a pesar de que siempre han estado inmersas en su cuidado y cultivo.

Entrevista a las mujeres de La Casa del Maíz



La Casa del Maíz. Manuel Espinosa

Entrevistadas Ofelia Rodríguez (OR), Azucena Cárdenas (AC) y Francis Cárdenas (FC)

Entrevistador Ezequiel Cárdenas chekro.74@gmail.com

Redacción Manuel A. Espinosa

La Casa del Maíz es un proyecto familiar agroecológico y biocultural que se encuentra en San Juan Evangelista, uno de los 5 pueblos tradicionales en la ribera de la laguna de Cajititlán, en el municipio de Tlajomulco, en Jalisco. Esta iniciativa tiene más de 15 años de gestación y, en sí mismo, es un referente en región occidente para otros proyectos agroecológicos, para emprendimientos familiares, para iniciativas de cocina tradicional y, en general, como un punto de convergencia para estudiantes y practicantes de la agricultura tradicional campesina y amantes de la gastronomía tradicional jalisciense.

Como en otros procesos, el relevo generacional se encuentra “en veremos”, las y los jóvenes no parecen tener inclinación hacia el azadón, ni hacia el fogón, ni tampoco hacia la vida rural o campesina de sus tíos o abuelos. Sin embargo, muchas y muchos jóvenes de la ciudad quieren emprender sus proyectos de vida vinculados a la tierra, al campo y a la naturaleza. Este proyecto podría ser una inspiración para quienes -aún sin tierra, ni experiencia, ni capital, pero con muchas ga-

nas- han sentido el llamado a otro mundo de vida, sea en la tierra del maíz, en la del mezcal, en la del cacao, o en la de los nopales.

Siendo éste un número centrado en el quehacer campesino, desde la perspectiva de las mujeres de La Casa del Maíz, les ofrecemos estas líneas bajo el formato de entrevista, para dejar que ellas digan su palabra, tal cual, y así sea transmitida a todas y todos. Formulamos tres preguntas para que ellas, a toro pasado, puedan compartir su experiencia con otros proyectos o iniciativas incipientes, principalmente conducidas por mujeres.

1. ¿Cuáles son las satisfacciones más importantes que han tenido como familia en el proyecto de La Casa del Maíz?

OR: Es seguir con este conocimiento ancestral desde los procesos productivos, las recetas tradicionales y el fortalecimiento familiar y comunitario, ya que todas las personas que se vinculan a este proyecto son conscientes de todos estos procesos que se armonizan desde la familia, la comunidad y el estado.

AC: Es el reconocimiento del municipio, las amistades que hemos hecho y los conocimientos que hemos adquirido al convivir con personas con proyectos similares al de nosotros.

FC: Que nos hemos unido más como familia, los trabajos los hacemos en equipo, hemos tenido una alimentación más saludable y sobre todo una felicidad enorme al saber que como familia o proyecto que nos toman como ejemplo a seguir en diferentes lugares del país.

2. Si pudieras volver en el tiempo, ¿qué harías diferente como para no cometer el mismo error de nuevo?

OR: El “soltar la rienda” a la familia muchas veces ocasiona que tengan una concientización diferente cuando tú traes un le-

Siendo éste un número centrado en el quehacer campesino, desde la perspectiva de las mujeres de La Casa del Maíz, les ofrecemos estas líneas bajo el formato de entrevista, para dejar que ellas digan su palabra, tal cual, y así sea transmitida a todas y todos. Formulamos tres preguntas para que ellas, a toro pasado, puedan compartir su experiencia con otros proyectos o iniciativas incipientes, principalmente conducidas por mujeres.

gado ancestral de conocimiento, de prácticas, de toda la parte comunal o tradicional, de repente se distancian de la familia y quizá lo mejor sea retomar esa rienda para “traerlos más cortitos” y que no se hayan desconcentrado. Por eso la importancia de educarlos siempre en procesos que te lleven a un buen porvenir y siempre pensando en futuro.

AC: Empaparse uno de la sabiduría del guardián de La Casa del Maíz y de sus talleres para aprovechar sus experiencias y conocimientos.

FC: Tomar con anticipación capacitaciones adecuadas y prepararse de conocimientos necesarios, tomando en cuenta las experiencias de otros compañeros que tienen proyectos similares.

3. ¿Qué recomendaciones tienes para otras mujeres que quisieran

emprender un proyecto como La Casa del Maíz?

OR: Al tener tu propio proyecto, muchas veces te vuelves autónoma, independiente y autosustentable, y todo eso te da una seguridad tanto familiar, como económica y hasta de amistades. Y esto te lleva a una sustentabilidad, no nomás del proyecto, sino de tu familia y tu comunidad que pueden darse cuenta de que otros proyectos parecidos son posibles.

AC: Que se animen, que pierdan el miedo, pues en el proceso uno adquiere conocimientos y amistades que no se cambian por nada.

FC: Aunque sea un trabajo arduo y pesado, y que muchas veces se encuentra uno con muchos obstáculos en el camino, no se desanimen, ya que con persistencia y dedicación se pueden lograr los objetivos propuestos. •



La Casa del Maíz. Gobierno de Tlajomulco

El autocuidado y cuidado colectivo en la agroecología: mujeres huerteras urbanas

Irma Patricia Espinoza Magaña Colectivo Agroecológico Teocintle
<https://www.facebook.com/ColectivoTeocintle> / Estudiante Doctorado en Ciencias en Agroecología, El Colegio de la Frontera Sur
irma.espinoza@posgrado.ecosur.mx

Las prácticas de autocuidado y cuidado colectivo en los procesos de agroecología urbana en muchas ocasiones son relegadas o invisibilizadas, dejándolas generalmente en última instancia. Sin embargo, debido a varios momentos de reflexión que hemos tenido desde la comunidad del Colectivo Agroecológico Teocintle, conformado mayormente por mujeres urbanas, jóvenes, madres y abuelas, profesionistas y amas de casa, que cultivamos y cuidamos la tierra desde la agroecología urbana, consideramos fundamental crear espacios que fomenten el autocuidado y cuidado colectivo. Por lo que buscamos desarrollar una reflexión en torno a cómo nos cuidamos a nosotras para cuidar colectivamente, con la finalidad de visibilizar estas prácticas y reconocer su relevancia para el sostenimiento de los procesos comunitarios en agroecología.

En la actualidad el contexto que nos atraviesa es sumamente complejo, nos enfrentamos a múltiples problemáticas socioambientales y desigualdades sociales, donde el ideal de una vida buena desde la visión occidental y capitalista marcan una tendencia hacia la precarización, individualización y mercantilización de la reproducción y sostenibilidad de la vida. Desde nuestras búsquedas personales y comunitarias por llevar una forma de vida más tranquila y saludable en conexión con la naturaleza, una vida que nos permita cuidar y cuidarnos, en los espacios de agroecología urbana, encontramos que el cuidado se puede procurar aprendiendo de los ritmos la naturaleza, trabajando con ella.

Vivimos inmersas en las dinámicas y ritmos de la ciudad, lo que hace complejo transitar hacia una forma de vida que priorice el autocuidado y el vínculo respetuoso con la naturaleza. De acuerdo con nuestras posibilidades y momentos de vida reflexionamos sobre las siguientes preguntas clave que nos ayudan a reconocer que si nosotras no nos cuidamos y estamos bien, es difícil cuidar de la naturaleza y de las demás personas:

¿Cómo me cuido? ¿Cómo me gusta que me cuiden? ¿Quién me cuida? ¿Cómo nos podemos cuidar colectivamente? Con ello, reconocemos que las prácticas que abonan a la reproducción de la vida en colectivo son claves para sostener los procesos de agroecología urbana.

El espacio del huerto comunitario nos brinda una oportunidad para aprender y conectar con los ritmos y ciclos de la naturaleza; y en la medida de lo posible, darnos la oportunidad de parar un momento y disfrutar de todo lo que la naturaleza nos brinda. La naturaleza también cuida de nosotras; el huerto, muchas veces, es nuestro lugar seguro, un espacio para dejar fluir las emociones y conectar con lo esencial de la vida.

Por lo que, reconocemos que el trabajo para la siembra y cultivo de nuestras cosechas también es un espacio de autocuidado que procuramos para nosotras mismas, por el bien de nuestra salud y la de nuestras familias. Sin embargo, implica un desgaste físico y mental importante que es necesario nombrar. Ya que, para lograr el sostenimiento del espacio a través de prácticas agroecológicas, implica poner el cuerpo, y en muchas ocasiones comprometer nuestro bienestar físico para consumir alimentos sanos cultivados por nosotras mismas.

Priorizar cuidarnos en este contexto es un acto de resistencia y rebeldía, pero reconocemos que no todas tenemos la posibilidad para disponer de tiempo para nuestro autocuidado. Por ello, es necesario reflexionar sobre esto para desarrollar prácticas que nos permitan ponerlo al centro, y lograr así también el cuidado colectivo. Como mujeres huerteras urbanas, el trabajo en los espacios de agricultura puede llegar a ser

nuestra segunda o tercera jornada de trabajo, no vivimos de hacer agroecología urbana, por lo que desarrollamos otras actividades económicas para el sostenimiento de nuestra vida. Por ello, también consideramos que el cuidado puede ser una práctica colectiva que permite superar el individualismo y la mercantilización de estas prácticas.

Finalmente, el autocuidado y el cuidado colectivo son pilares

esenciales para sostener la vida comunitaria, que dejamos de lado por las exigencias y las actividades cotidianas del huerto. Si bien, nuestro trabajo agroecológico también es una forma en la que nos cuidamos, es fundamental reconocerlos como un acto político vital, así como priorizar otras acciones que nos permitan sostener y reproducir la vida en colectivo a la par que nos cuidamos. A través, por ejemplo, de la compartición e intercambio de cosechas, la preparación comunitaria de alimentos, la preparación de aceites, pomadas y jarabes, que nos ayuden a nuestro bienestar. Así como la procuración de momentos para el diálogo sobre nuestros sentires y necesidades, que nos permita tomarnos el pulso colectivo y poco a poco, a nuestros ritmos, estar mejor nosotras y como colectivo de mujeres huerteras urbanas que cuida de la vida. •



El cuidado de la huerta comunitaria. Patricia Espinoza



El cuidado colectivo en la huerta comunitaria. Patricia Espinoza

El espacio del huerto comunitario nos brinda una oportunidad para aprender y conectar con los ritmos y ciclos de la naturaleza; y en la medida de lo posible, darnos la oportunidad de parar un momento y disfrutar de todo lo que la naturaleza nos brinda.

Mujeres, resistencias y saberes frente a los extractivismos agroindustriales de frutos rojos en la Sierra de Amula, Jalisco

Sihara Casillas Gaeta Bióloga y doctorante del Doctorado Nacional en Ciencias en Agroecología sihara.casillas@posgrado.ecosur.mx

La producción agroindustrial de frutos rojos está cubriendo de plástico blanco los paisajes del Sur de Jalisco, la Sierra de Amula y la Ribera de Chapala, y con ello Jalisco se coloca como el principal productor de frambuesa a nivel nacional, con una superficie sembrada que supera ligeramente las siete mil hectáreas al cierre de 2024, de acuerdo con cifras del Sistema de Información Agrícola y Pesquera. Esto no es cosa menor si consideramos que México es el segundo mayor productor de frambuesa a nivel global y su mercado principal está en los Estados Unidos.

La exportación de frutos rojos y aguacate infla la balanza comercial agroalimentaria del país, sin embargo, las cadenas productivas operan bajo distintas formas de gobernanza criminal en estados como Jalisco y Michoacán en donde se han documentado formas cada vez más violentas de explotación de jornaleras y jornaleros tanto locales como migrantes. Así mismo, bajo este modelo productivo se generan enormes impactos ambientales, solo en Jalisco se desechan alrededor de cuatro mil toneladas de agroplásticos al año, se hace uso intensivo de agroquímicos y se extrae agua de forma indiscriminada de los mantos acuíferos bajo un contexto de cambio climático y sequía. Para exportar una tonelada de frambuesa a los Estados Unidos se usan cerca 450 mil litros de agua, el equivalente al consumo anual de ocho personas en México, a razón de 150 litros por persona por día.

Los frutos del extractivismo cruzan impunemente la frontera norte, mientras que las personas trabajadoras de origen migrante en los Estados Unidos son criminalizadas y perseguidas. Bajo estas aparentes contradicciones, el agronegocio crece profundizando desigualdades sobre mujeres campesinas que históricamente han sido las reproductoras de las vidas que encarnan

la fuerza de trabajo requerida en estos sistemas. El acaparamiento de tierras y agua es un sello de la industria que además presenta una tendencia clara hacia la feminización de la fuerza de trabajo en condiciones hiperprecariedad.

Pero no todo es necroeconomía; en la Sierra de Amula existen mujeres como Josefina; madre, abuela, campesina coamilera sin tierra, tallerista, artesana y tejedora de otate y ocochal. Son muchos y diversos los mundos que habita, pero hay uno del que se siente particularmente orgullosa: de la transformación de sus saberes en una economía para la

vida. El tejido de cestas y chiquihuites que ha practicado desde pequeña es una de las artes más antiguas de la humanidad, data del neolítico, hace unos nueve mil a diez mil años, desarrollada de forma paralela a la agricultura y la ganadería. Este es un saber perfeccionado durante milenios, con un nivel de refinamiento que incluye el conocimiento profundo de los ciclos reproductivos de las plantas, mismos que se relacionan con fases lunares, tipos de suelo, condiciones climáticas y formas de cosecha.

El tejido de canastos de Josefina está en íntima relación con la elaboración de quesos panela procedentes de la ganadería familiar de pequeña escala, elaborados por



Josefina y Sonia en el coamil. Sihara Casillas

mujeres de la región. En el canasto panelero, hecho de otate, se deposita la leche cuajada en donde se maduran las panelas a gusto de cada persona. Esto imprime no solo un sabor particular a los quesos, sino un diseño único. Actividades como ésta son parte de la configuración del saber local de todo un pueblo y fruto del devenir histórico y coevolutivo en el que surge una cultura particular

con sus respectivas tradiciones. Desde las perspectivas bioculturales, las tradiciones son núcleos fundamentales de la cultura, no son meras ideas abstractas; son prácticas encarnadas que surgen de necesidades y capacidades humanas, biológicas, y que a su vez modifican la biología individual y colectiva. Son transmitidas de generación en generación a través de los sistemas neurocognitivos, afectivos y espirituales que nos caracterizan como especie.

El saber de Josefina emerge de un cosmos específico y se extiende a la siembra del coamil con milpa de semillas criollas; abarca el rezo y la limpia sobre los cuerpos pequeños de las infancias y otras personas adultas que acuden a ella cuando la medicina moderna no es suficiente. En su patio central, entre plantas de tabaco, árboles frutales y hierbas medicinales, está un altarcito iluminado con velas. Ese lugar de su casa funge como consultorio y bodega para sus costales de frijol y su artesanía de ocochal. Mujeres como ella, crean y perfeccionan toda una economía de los saberes que hoy más que nunca son clave para pensar agroecologías realmente emancipadoras, sostenidas por los finos hilos bioculturales que hacen posible la conformación de lo local desde otras formas de ser, estar y aprender en el mundo.

Esta es la infrapolítica de las mujeres campesinas en franca resistencia a los extractivismos agroindustriales que se imponen desde arriba. En estos mundos mujer están muchas de las respuestas a preguntas urgentes que necesitamos responder en tiempos de colapso, guerra y genocidio, cuando la fragilidad de los sistemas agroindustriales se hace más evidente y, en muchos sentidos, cómplice. •



Josefina con su maíz. Sihara Casillas

La exportación de frutos rojos y aguacate infla la balanza comercial agroalimentaria del país, sin embargo, las cadenas productivas operan bajo distintas formas de gobernanza criminal en estados como Jalisco y Michoacán en donde se han documentado formas cada vez más violentas de explotación de jornaleras y jornaleros tanto locales como migrantes.

Lo que arrastra el agua: decisiones, residuos y desigualdad



Ingeniería ambiental. Veyda Alcalá

Veyda Alcalá Camacho Ingeniera Ambiental veyda.alcala@iteso.com

Hablar del medio ambiente en el campo es sinónimo de vida, de alimento, de agua, pero también lo es de abandono, de rezago y de lucha. El desarrollo en Jalisco no puede entenderse sin reconocer las marcas que ha dejado en el territorio: cuerpos de agua contaminados, tierras debilitadas y comunidades que enfrentan cotidianamente los efectos de un modelo centrado en la rentabilidad más que en el bienestar común. Bajo la promesa del crecimiento económico, se han aplazado decisiones urgentes para proteger y restaurar los espacios que sostienen la vida.

En la industria, las decisiones económicas priorizan la rentabilidad inmediata por encima de la sostenibilidad. En contextos de crisis, los recursos se destinan hacia la producción y las ventas, mientras que los proyectos ambientales se cancelan o posponen por considerarse prescindibles, quizá no

por falta de interés, sino porque se consideran secundarias frente al objetivo inmediato de mantener la rentabilidad. Esta lógica a menudo transfiere de forma indirecta la responsabilidad ambiental a los consumidores finales, quienes deben gestionar los residuos generados por los productos adquiridos, y perpetúa un modelo de desarrollo desconectado de la realidad territorial. Para quienes intentamos incidir desde dentro de

los procesos industriales en favor de la casa común, enfrentamos estructuras que protegen el negocio, pero no el entorno que lo sustenta.

Esta lógica de producción y ganancia a corto plazo se vuelve evidente cuando observamos las consecuencias que tiene una gestión ambiental deficiente. Si no se lleva un control adecuado sobre los residuos industriales, orgánicos e inorgánicos, estos se acumulan y, al ser desechados sin separación ni tratamiento adecuado, comienzan un ciclo de

Estas aguas contaminadas ya no sólo afectan a los ecosistemas, sino también a las personas que conviven con ellas a diario, como las mujeres, las niñas, los niños, las personas mayores y comunidades enteras que han sido históricamente ignoradas en las decisiones de desarrollo. Esta exclusión perpetúa un enfoque centralizado, alejado de las realidades locales, que invisibiliza saberes, experiencias y propuestas fundamentales.

contaminación. Al mezclarse en los vertederos, sobre todo cuando entran en contacto con el agua de lluvia, generan lixiviados: líquidos que arrastran consigo compuestos químicos tóxicos, metales pesados y microorganismos peligrosos.

Estos lixiviados, al no ser contenidos de forma adecuada, se infiltran en el subsuelo y contaminan los acuíferos. Así, residuos que muchas veces creemos ‘desaparecer’ al tirarlos en un bote de basura —como empaques reciclables, restos orgánicos o electrónicos— terminan afectando el agua que bebemos, con la que cocinamos y regamos los cultivos. Arrastrando consigo las consecuencias de una economía que prioriza la ganancia sobre el cuidado de la vida.

En Jalisco, los casos del río Santiago, la presa El Ahogado o la laguna de Cajititlán muestran los efectos acumulados de años de descargas sin control y omisiones institucionales. Lo que antes fueron fuentes de vida y sustento, hoy son sinónimo de enfermedades, pérdida de productividad agrícola, degradación del entorno y desplazamiento social.

Estas aguas contaminadas ya no sólo afectan a los ecosistemas, sino también a las personas que conviven con ellas a diario, como las mujeres, las niñas, los niños, las personas mayores y comunidades enteras que han sido históricamente ignoradas en las decisiones de desarrollo. Esta exclusión perpetúa un enfoque centralizado, alejado de las realidades locales,

que invisibiliza saberes, experiencias y propuestas fundamentales.

Sin embargo, en diversos espacios sociales, académicos y comunitarios, son las mujeres quienes, desde una mirada crítica y comprometida, han asumido un papel activo frente a los problemas socioambientales. Desde su compromiso y experiencia, como observadoras informadas, técnicas, organizadoras comunitarias y profesionales, las mujeres comprenden las consecuencias reales de decisiones tomadas lejos de los territorios que habitan y participan activamente en la defensa del medio ambiente y la justicia ambiental.

Estas acciones, aunque a menudo marginadas del discurso oficial, muestran que hay conocimiento, organización y voluntad para transformar la relación con el entorno. Reconocer sus aportes e integrarlas en la toma de decisiones, no solo es un acto de justicia, sino también una vía para construir decisiones más completas, informadas y arraigadas en la realidad que vivimos.

Es urgente repensar el modelo de desarrollo en Jalisco: no podemos seguir hablando de crecimiento económico mientras se multiplican las zonas contaminadas, los rellenos sanitarios colapsan y las fuentes de agua se degradan. La crisis ambiental es consecuencia de decisiones políticas y económicas que han ignorado las capacidades de carga del territorio y el derecho de las comunidades a un ambiente sano.

Es momento de construir redes de colaboración amplias y equitativas, que incluyan a quienes cuidan, habitan y defienden los territorios en todos los sectores —rurales y urbanos, el ámbito doméstico, técnico, comunitario o académico— que aborden tanto la remediación como la prevención de los impactos ambientales de grandes proyectos. Es indispensable para avanzar hacia un modelo que priorice la vida y el bienestar colectivo.

El medio ambiente no es un lujo, es la base de la vida. Y sin vida, no hay negocio que valga. •

El desarrollo en Jalisco no puede entenderse sin reconocer las marcas que ha dejado en el territorio: cuerpos de agua contaminados, tierras debilitadas y comunidades que enfrentan cotidianamente los efectos de un modelo centrado en la rentabilidad más que en el bienestar común. Bajo la promesa del crecimiento económico, se han aplazado decisiones urgentes para proteger y restaurar los espacios que sostienen la vida.

Las despojadas de nombre: La partería en la Zona Metropolitana de Guadalajara ante las modificaciones de la NOM-020

Ana Cristina Alfaro Barbosa Antropo Film House
cristyalfaro@gmail.com

Siloé Mora es una mujer estudiosa y dinámica; desde hace poco más de una década se ha formado como partera. Fue aprendiz del Centro de Iniciación a la partería “Nueve Lunas” en Oaxaca; ha aprendido con parteras en diferentes regiones de México como Norma, Irene, Cristina, Angelina, Paulina, Jocelyn, Minerva; ha atendido innumerables nacimientos. Conoce el cuerpo de la mujer y la fisiología del parto, reconoce cuando una mujer o su bebé están en peligro y es necesaria la intervención de un especialista en emergencias obstétricas: ginecobstetra. Actualmente, la práctica de la partería de Siloé no es reconocida oficialmente. Las condiciones y restricciones de la NOM-020 amenazan su facultad para seguir atendiendo partos.

El 4 de marzo del 2025 se publicaron en el Diario Oficial de la Nación las modificaciones de la NOM-020-SSA, sorprendiendo a muchas parteras del país, sobre todo aquellas que no cuentan con una formación en instituciones que les permita tramitar una cédula profesional. Parteras de diferentes orígenes, formaciones y colectivos manifestaron sus preocupaciones a través de diversos comunicados y solicitudes. Una de sus inconformidades se centra en la clasificación de su profesión, excluyendo a muchas de ellas:

“La norma hace clasificación en Parteras Profesionales, que son enfermeras obstétricas, perinatales y parteras con título de una de las cuatro escuelas que existen en México; Parteras Tradicionales, deben ser indígenas o afromexicanas, ignorando que hay parteras tradicionales que no pertenecen necesariamente a esas comunidades, aunque se formaron en ella; y Personal No Profesional Autorizado, que no está incluido en las dos categorías anteriores.” (El comunicado puede revisarse en: https://www.instagram.com/p/DIMeIDuOrmA/?img_index=1)

La situación de Siloé es compartida por otras parteras en Guadala-

jajara, entre ellas Mónica y Diana.

No son parteras, aunque han atendido innumerables partos.

No son profesionales, aunque han estudiado y se han preparado durante años con expertas y expertos en la atención del nacimiento.

“Ellos” las tienen que autorizar, aunque desde una perspectiva médica de atención del parto poco saben de partos fisiológicos.

Es otra visión de cuerpo,
otra visión de la salud,
otra visión de la autonomía
de las personas.
(Hanna, partera.)

Siloé reflexiona:

“yo aprendí con puras parteras y con parto en casa. Están borrando la transmisión del conocimiento de mujer a mujer. Es como ‘tú, mujer ignorante, no profesional, no tienes derecho a ser transmisora de conocimiento, eso sólo les compete a las instituciones’.”

Ante la falta oficial de reconocimiento de su labor, Hanna reflexiona:

“Atendemos partos. Nos dedicamos a la atención de la salud sexual y reproductiva de la mujer. Nuestra comunidad o la red de mujeres que atendemos nos quiere, nos estima, nos recomienda. Y me dices que no soy profesional.”

La NOM-020 expresa que para ser reconocidas necesitan una autorización expedida por la Secretaría de Salud a refrendar cada dos años, siendo responsabilidad de cada entidad federativa ofrecer cursos para su capacitación.

María recuerda la experiencia de una compañera: “Va a pedir certificados y no se los dan, y le dicen que tienen que tomar un curso. ‘Ok. ¿Dónde hago el curso?’ ‘No, es que no hay’.”

Ninguna partera quiere ir a un curso ofertado por la Secretaría de Salud

por médicos que no saben atender partos.
(María, partera.)

Hasta el momento las capacitaciones y certificaciones que la Secretaría de Salud les ofrece están diseñadas en un sistema que no conoce ni reconoce su forma de trabajo.

La modificación a la NOM-020, no sólo pone en riesgo la labor de mujeres que atienden a otras mujeres, también limita las opciones de atención para mujeres que buscan una alternativa a la atención de su salud sexual y reproductiva más amable, cercana y autónoma.

Es que el cuerpo de uno es sagrado.

Testimonios de:

Siloé Mora. Partera de Guadalajara, Jalisco. Entrevista realizada el 11 de abril del 2025.

María Cortés y Mónica Quezada. Parteras de Guadalajara, Jalisco. Entrevista realizada el 09 de mayo del 2025.

Hanna Borboleta. Partera de Ciudad de México. Entrevista realizada el 31 de mayo del 2025.

Doña Bertha. Partera de Ciudad Guzmán, Jalisco. Entrevista realizada el 24 de agosto del 2015.



Trabajo de partería. Siloé Mora

Pienso yo que tenemos el derecho de aliviarnos donde nosotros queramos, no donde nos digan.
(Bertha, partera.)

Maestra wixárika en la secundaria intercultural Tei +Mayema.

Desafíos actuales de la educación autónoma en el Gran Nayar



Visitas a secundarias comunitarias de Michoacán. David Gonzalo Ramos



Estudiantes Tei+ Mayema. Sofía Guerra Koerdell Silva

Irene Alvarado Saravia Programa Indígena Intercultural
irenealvaradosaravia@iteso.mx

Rosalba de la Torre maestra wixárika originaria de Mesa de Chapalilla, Nayarit al igual que muchas otras mujeres salió de su comunidad para poder seguir estudiando, estuvo en un albergue en la secundaria en la sierra y luego se fue a estudiar a Tepic, trabajó mientras estudiaba y después de varios años con mucho esfuerzo logró terminar su licenciatura en educación. Se postuló para ser maestra de educación indígena

y cumplió con varios interinatos hasta que tuvo la oportunidad de regresar a su comunidad como maestra. Se integró a la Secundaria Intercultural Tei +Mayema que se fundó por iniciativa de la comunidad en 2017, la cual al inicio estaba como secundaria comunitaria de CONAFE, actualmente no cuenta con clave propia y se encuentra incorporada a la Telesecundaria como una extensión de El Pinal, comunidad rural a 9 horas de Chapalilla. Antes de que Rosalba llegara, sólo estuvo

Ubaldo Vázquez, profesionista wixárika como maestro durante cuatro ciclos escolares.

Tei +Mayema es parte de una Red de Centros Educativos Wixárikas y Nayerite CEIWYNA que se creó en 2014, esta red ha propuesto diversos modelos de educación comunitaria, explorando una vía alternativa al modelo oficial de educación occidental, todos los centros tienen un largo proceso de defensa y de lucha para lograr el reconocimiento por parte del Estado a nivel medio básico y medio superior.

La Secundaria es un proyecto comunitario que además de lograr que las y los adolescentes permanezcan por lo menos durante tres

años más en su comunidad con el cuidado que esto representa a las infancias, propone fundamentalmente fortalecer la identidad de las y los estudiantes a partir de poner al centro de la educación el maíz sagrado -Niwetsika- y desde ahí ir incorporando los ciclos ceremoniales de la siembra, significados, técnicas y elementos simbólicos y ornamentales que constituyen el saber-vivir espiritual y material de la cultura wixárika, así como las formas de organización propia.

Sostener estos proyectos educativos autónomos tiene fuertes implicaciones; por un lado, hacia el interior de las propias comunidades con los diferentes actores comunitarios, en cuánto a la discusión y congruencia del para qué de la educación, y la necesidad de que todos en especial las y los docentes orienten su trabajo a este propósito y que se traduzca en una propuesta pedagógica sólida. Y por otro, todo el camino que se ha tenido que recorrer en las negociaciones con diversas instituciones, autoridades estatales y federales, para hacer valer el derecho a una educación con pertinencia cultural.

Saber que existen alternativas que a pesar de todos estos obstáculos se han mantenido y han logrado que adolescentes y jóvenes indígenas logren la certificación para seguir estudiando da esperanza y anima a seguir impulsando que la escuela sea un espacio para fortalecer la identidad de los pueblos y comunidades originarias guiados y acompañados por comuneros y comuneras que le han apostado a la educación comunitaria. •

Pese a todo esto el proceso en muchos de los Centros Educativos no ha sido favorable, y como ha sucedido en otros lugares a nivel nacional al conseguir el reconocimiento oficial en la mayor parte de los casos han perdido su modelo. Esto fundamentalmente ha sido porque las y los docentes que están al frente, a pesar de ser nombrados y reconocidos por la comunidad en su mayoría no cumplen con los requisitos oficiales de estar titulados en las carreras que el sistema educativo requiere y quienes llegan son maestros no indígenas que han cumplido con los requisitos oficiales, pero que desconocen por completo la cultural, la región y el proceso de lucha. En el caso de Tei +Mayema aunque Rosalba tiene el perfil como maestra y existe una buena matrícula de estudiantes, la SEP no ha dado ningún apoyo, ya que los docentes y recursos llegan a la escuela a la que está registrada y el único beneficio que se tiene, son los certificados de estudio.

La presencia de una mujer como maestra ha sido muy importante ya que al ser de ahí ella representó mucha confianza para la comunidad, sobre todo por ser de formación docente y tener experiencia en otras escuelas. Se fortaleció también el trabajo que ya venía haciendo Ubaldo y hacer un trabajo más coordinado, además se consolidó la participación con los padres y madres de familia, además de integrar diversas estrategias y orientaciones pedagógicas que fortalecieron el modelo educativo, como es el caso de los proyectos integradores. Lamentablemente el apoyo a la maestra no se pudo seguir sosteniendo ya que no se pudo continuar pagándole y ella tenía que conseguir un apoyo para vivir y el pago no era seguro. El panorama sigue siendo incierto ante la falta de apoyo de la Secretaría de Nayarit. Nos damos cuenta de que a pesar de que se gestan desde las comunidades estos procesos, se tiene una gran vulnerabilidad y con el paso del tiempo las personas y la propia comunidad se va desgastando.

Saber que existen alternativas que a pesar de todos estos obstáculos se han mantenido y han logrado que adolescentes y jóvenes indígenas logren la certificación para seguir estudiando da esperanza y anima a seguir impulsando que la escuela sea un espacio para fortalecer la identidad de los pueblos y comunidades originarias guiados y acompañados por comuneros y comuneras que le han apostado a la educación comunitaria. •

Tei +Mayema es parte de una Red de Centros Educativos Wixárikas y Nayerite CEIWYNA que se creó en 2014, esta red ha propuesto diversos modelos de educación comunitaria



Red de Mujeres y Aguas en Movimiento. Archivo IMDEC

¡Red de mujeres y aguas en movimiento! Mujeres defensoras del agua y el territorio en Jalisco

María González Valencia Directora del IMDEC, Defensora del Agua y el Territorio @MarGzlezValen

En memoria de las Defensoras del Agua y del Territorio Verónica Guerrero y Karina Ruiz Ocampo, asesinadas por defender los bienes naturales que posibilitan la reproducción de la vida.

Jalisco enfrenta una crisis humanitaria y de derechos humanos sin precedentes que está poniendo cada vez más en riesgo la vida de nosotras las mujeres. Los sistemas de opresión como el capitalismo, el patriarcado y el colonialismo impactan de manera directa a las mujeres, primero sobre nuestros cuerpos, para luego continuar con el territorio, el agua, los bienes comunes naturales y los territorios que permiten sostener y reproducir la red de la vida. Estos sistemas de opresión impulsan un poderoso modelo económico insaciable que, en su etapa extractivista e industrialista, requiere de diversos mecanismos de control para empujar una economía criminal que despoja, desaparece, controla, y ejerce terror y miedo para sostenerse y reproducirse.

En Jalisco, todos estos elementos están presentes. Ocupamos el

primer lugar de personas desaparecidas de todo el país, con más de 18 mil personas, principalmente mujeres y hombres jóvenes. Las mujeres somos las que buscamos, las que luchamos, las que exigimos justicia, las que estamos al frente, las que desafían al poder y los grupos criminales, las que se exponen y a las que asesinan. Tan solo en lo que va del año, fueron asesinadas las madres buscadoras Teresa González Murillo, integrante del Colectivo Luz de Esperanza, y María del Carmen Morales, del Colectivo Guerreros Buscadores, en un contexto de denuncia de los centros de reclutamiento forzado y exterminio del Rancho Izaguirre en Teuchitlán, Jalisco.

Una de las expresiones más brutales del patriarcado son los feminicidios. Jalisco se ubica en el tercer lugar a nivel nacional y entre las 10 entidades más peligrosas para las mujeres. En este contexto de violencias, las mujeres además se enfrentan al control de sus territorios y comunidades por parte de empresas nacionales y transnacionales, así como de grupos criminales que, en contubernio con

las autoridades, disputan diversos bienes naturales, como el agua, la tierra, los minerales, los bosques, imponiendo megaproyectos de “desarrollo” que las mujeres han renombrado como “proyectos de muerte”. Estos proyectos favorecen al capital a costa de la naturaleza y los derechos humanos.

Para enfrentar las amenazas y los riesgos de este contexto, nos

Jalisco enfrenta una crisis humanitaria y de derechos humanos sin precedentes que está poniendo cada vez más en riesgo la vida de nosotras las mujeres.

comenzamos a organizar entre mujeres de diferentes movimientos, organizaciones y colectivos del campo y la ciudad. Mujeres indígenas, campesinas y urbanas que son guardianas y defensoras de sus territorios contra proyectos extractivos y de infraestructura que están generando despojo en los territorios de Jalisco, por la apropiación y disputa de bienes fundamentales para la vida, como el agua, los bosques, los minerales, las tierras y la biodiversidad.

Es así como, el 8 de marzo de 2022, en el Día Internacional de las Mujeres, se conformó la Red Mujeres y Aguas en Movimiento, con el objetivo de visibilizar las luchas de las mujeres defensoras comunitarias del agua y el territorio frente al modelo extractivo. La Red denuncia los impactos y consecuencias que este modelo genera en la vida de las mujeres y las niñas de nuestras comunidades y territorios. Es un espacio seguro entre mujeres para el intercambio de experiencias y estrategias de lucha para el fortalecimiento y la defensa de los derechos de las mujeres, las niñas, y los derechos económicos, sociales y ambientales, así como para la construcción de proyectos de vida frente a proyectos de muerte.

La Red está integrada por más de 10 luchas por el agua y el territorio que defienden el río Verde, Zula, Azul y Santiago, la Laguna de Cajititlán y la de San Juan Bautista de la Laguna, el Lago de Chapala, el cerro de la Reina, el cerro Viejo, el Bosque de la Primavera, el Bosque Pedagógico del Agua, el Parque San Rafael y de Arcos de Guadalupe, la barranca de Huentitán, entre otros.

La lucha por el agua, la madre tierra y la vida no puede concebirse sin el aporte y la participación de nosotras las mujeres. Pero es fundamental reconocer y atender los múltiples impactos que los sistemas de dominación ocasionan en la vida de las mujeres, las niñas, sus familias, las comunidades y los ecosistemas. Estos impactos y afectaciones psicosociales se producen de manera diferenciada en la vida de las mujeres y, generalmente, suelen ser invisibilizadas y poco atendidas. En la Red de Mujeres y Aguas en Movimiento, hemos dado un lugar especial a estos impactos, profundizando en el reconocimiento de las causas que los generan, así como en las estrategias para su atención y afrontamiento. Estas afectaciones, generalmente no atendidas e invisibilizadas, incluyen el estrés, el cansancio, el miedo, la frustración, la ira, la culpa, la impotencia, las divisiones al interior de las familias y los divorcios.

Reconocer las afectaciones y sanarlas nos convierte en tejedoras de la trenza de las emancipaciones, unidas en la resistencia contra las fuerzas que buscan despojarnos de lo que es nuestro por derecho. La lucha de las mujeres defensoras del agua y el territorio es un acto de dignidad y esperanza, una lucha por la vida misma. A pesar de las amenazas, la violencia y los mecanismos de control, sabemos que la unión y la solidaridad entre nosotras son nuestras mayores fuerzas. Cada paso que damos es una declaración de que no nos rendimos, de que seguimos alzando la voz para defender la tierra, el agua y las comunidades que nos dan vida. •



Red Mujeres. Archivo IMDEC



Las mujeres con el cuerpo-territorio por delante

Nalleli de la Torre Departamento de Psicología, Educación y Salud
jndelatorre@iteso.mx

Alrededor del mundo, existen innumerables grupos de mujeres que se organizan para proteger sus territorios, sus comunidades y, a través de ello, a nuestra Madre Tierra. Podemos pensar en las mujeres de Cherán y sus fogatas, en Michoacán, México; en las mujeres del Movimiento Chipko o abrazadoras en árboles en la India; o en el Movimiento Cinturón Verde iniciado por mujeres en Kenia. Estos movimientos que, desde sus propios referentes y necesidades, desafían los límites impuestos por diversas violencias estructurales y directas a las que las

mujeres que los integran se enfrentan día a día. Al mismo tiempo, en esta cotidianidad, la gran mayoría de las mujeres que forman parte de estos y otros movimientos y colectivos, llevan a cabo también trabajo en el campo y en el hogar, con lo que ellas desde distintos frentes simultáneos, sostienen la vida en todos los sentidos.

Sin embargo, lo fundamental de su labor ha sido históricamente, y sigue siendo, invisibilizado, considerando que sus tareas se limitan a cuestiones privadas y familiares, restringiendo sus condiciones para participar en lo público. Un ejemplo de esto se puede ob-

servar en la difícil concesión del derecho a la tenencia de la tierra de las mujeres, que, aunque en México se encuentra garantizado en la Ley Agraria, el desconocimiento de esta posibilidad o las costumbres de transferencia patrilineal mantienen alrededor del 80% de la propiedad ejidal en manos masculinas y al 94% de los comisariados ejidales compuestos solamente por varones, según el Registro Nacional Agrario. Aún con estas condiciones en contra, las mujeres construyen resquicios para la resistencia en los que ponen el cuerpo en todos los sentidos.

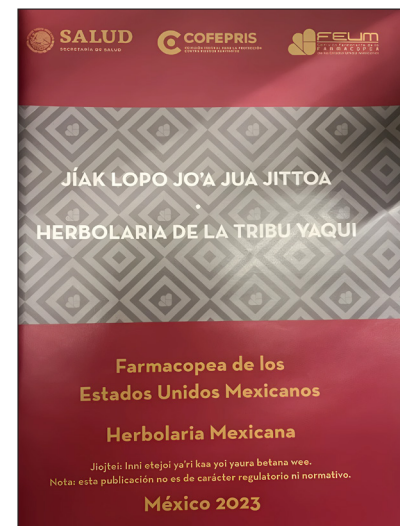
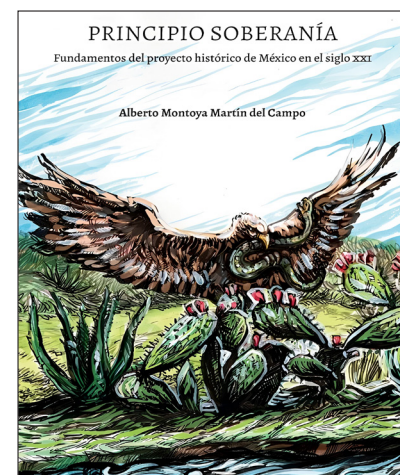
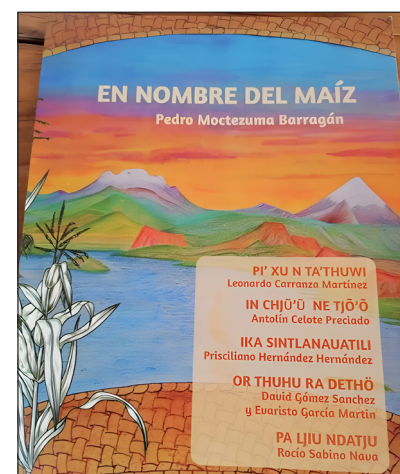
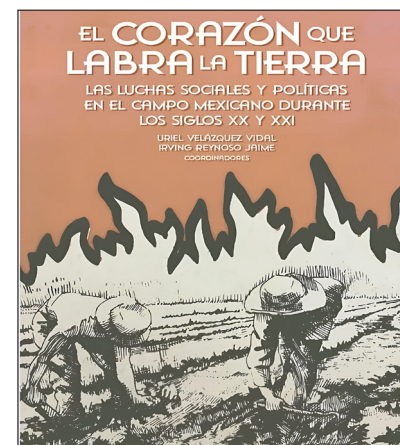
Durante más de una década he tenido la oportunidad de colaborar de cerca con muchas de estas mujeres, principalmente en Jalisco y en Michoacán. En este tiempo, he aprendido con ellas, que no hay tarea pequeña cuando se trata del cuidado de las, los, les y lo otro; que en las huertas en casa se siembra el alimento y la medicina de la familia; que, en los espacios de trabajo compartido, se construyen redes que pueden sostener en emergencias y en alegrías; que, sin el campo, no hay ciudad y que, sin agua y sin ellas, no hay vida.

Cuando señalo que ellas ponen el cuerpo en todos los sentidos, es porque ellas no solamente usan la cabeza para pensar, soñar y organizarse; las manos para hacer y crear; los pies para caminar hacia sus metas; el estómago para indignarse y el corazón para sostener y sentir, sino que también porque para muchas de ellas, no hay diferencias entre defender y cuidar su cuerpo y su territorio. Las he visto en sus triples jornadas, como a las mujeres de El Refugio, en Tala, Jalisco. Las he visto enfermarse y buscar sanar con sus propias formas, a la vez que enseñan a la co-

munidad, en Tziróndaro, Michoacán. Las he visto pelear por sus espacios en organismos de toma de decisión, en juntas ejidales en Ahuisculco, Tala, o en cooperativas de pescadores, en Acatlán de Juárez, Jalisco, para después ser reconocidas por su gran capacidad. Y las he visto posicionarse con firmeza frente a las autoridades de distintos niveles contra macroproyectos, en El Salto y Juanacatlán, en Jalisco, o en diversas comunidades de la costa michoacana.

En procesos como los anteriores se basan propuestas como las del colectivo Agua y Vida, de Chiapas, que están apostando por formar redes de cuidado del territorio cuerpo-tierra (Agua y Vida, 2023), como una forma de retar las formas impuestas de desarticular nuestra relación con la vida, de normalizar las violencias y de apostar por el individualismo, es decir, de desafiar al capitalismo, al patriarcado y al colonialismo en las prácticas cotidianas que hemos normalizado. La decisión de muchas mujeres de poner el cuerpo-territorio por delante, no es una decisión ingenua, sino una apuesta profundamente política, que nadie puede vivir de manera solitaria y que conlleva el reconocimiento de que –como dice Graciela, del colectivo un Salto de Vida– todo lo que le hacemos a la tierra, regresa a nuestro cuerpo, y que, en ese sentido, tenemos que cuidar todo lo que hacemos en ella y para ella. En la sabiduría y tenacidad de las mujeres que ponen el cuerpo-territorio por delante, como Graciela, están las bases del futuro que queremos seguir construyendo. Conocer sus luchas socioambientales y compartirlas, es una responsabilidad que no podemos ignorar. •

AGENDA RURAL



Lo fundamental de la labor de las mujeres ha sido históricamente, y sigue siendo, invisibilizado, considerando que sus tareas se limitan a cuestiones privadas y familiares, restringiendo sus condiciones para participar en lo público.

Semillas de identidades para la soberanía alimentaria. Mujeres e infancias guardianas del maíz nativo raza Jala

Jesús Antonio Madera Pacheco Universidad Autónoma de Nayarit
jmadera@uan.edu.mx

A pesar de la declaratoria de un día internacional de las mujeres rurales dada en 2008 por la Asamblea General de las Naciones Unidas, éstas siguen estando entre bambalinas y una casi invisibilización haciendo frente a una multiplicidad de desigualdades, incluso porque no hay información oficial que dé cuenta de quiénes son, dónde y cómo se encuentran, así como las condiciones en que desarrollan sus labores. Para el caso de México, la poca información que tenemos sobre ellas es la que se va generando a partir de los Censos Generales de Población y Vivienda y la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) y donde es preciso hacer cruces y cálculos para más o menos identificar el número de mujeres que viven en contextos rurales y de aquellas que se contabilizan en el rol de “jefas de hogar”. Según INEGI, para el año 2020 había 27.4 millones de personas que vivían en zonas rurales y de éstas casi el 51% son mujeres; aunado a ello,

casi el 17% de hogares rurales son jefaturados por mujeres. Este último dato implica que son mujeres solas, bien sea porque lo decidieron, por viudez, por abandono, por salir de contextos de violencia de pareja o, en muchos de los casos porque las parejas emigraron y son ellas quienes terminan por hacerse cargo de la familia.

Por si fuera poco, en los contextos rurales, la producción, o lo que se entiende como actividades económicas o productivas, siempre se tienden a pensar en lo masculino (aunque no necesariamente lo sea); aunado a ello, la parcela es el único espacio donde en teoría se producen alimentos o se produce algo de valor, y se desvaloriza por ende los espacios en el solar o traspato donde son las mujeres quienes se hacen cargo de producir una infinidad de alimentos que van a garantizar el autoconsumo de la familia (porque lo que se produce en la parcela casi siempre en los últimos años se destina al mercado), y que además generan algunos ingresos a través de la venta o del procesado de éstos

para completar a veces tanto lo que se necesita para la parcela como para abastecer algunas otras necesidades del hogar (educación, salud, etc.). Entonces, se piensa en la parcela y se piensa en el hombre como quien produce; y sin embargo, hemos ido identificando que por sí solos no lo hacen, aunque la mirada desde fuera se fije en ellos, sea la pareja, el hijo, el padre, etc.

Algo de lo que hemos venido dando cuenta, a partir de proyectos de investigación e incidencia sobre agroecologías y soberanía alimentaria en torno al maíz nativo raza Jala, es el papel clave de las mujeres en la reproducción de este maíz (sean poseionarias de tierra o no); sea a título individual o como parte de una familia productora. Generalmente son las mujeres quienes seleccionan semillas, se hacen cargo de organizar, llevan registros, administran también muchas de las veces son mujeres. No es solo el varón quien va a trabajar en la parcela, son las familias completas. Son las mujeres quienes posibilitan que el maíz raza Jala tenga su ciclo productivo y reproductivo completo. Son ellas también quienes transforman el maíz y procesan su diversidad de derivados (tor-



Huerto agroecológico El Paraíso. Jesús Madera

tillas, tostadas, pozole, colado, pinole, atoles, tamales, etc.), garantizando la re-producción de la familia y sus identidades en lo local-comunitario.

El maíz raza Jala no se entiende/restringe únicamente en la parcela ni al nivel del cultivo; se entiende también en la concepción de las identidades de lo familiar y lo comunitario, como se puede apreciar tanto en la imagen 1 como en los fragmentos de entrevistas de Yenni y Lupita.

“Maíz de húmedo [raza Jala] es lo que nos identifica como comunidad, una semilla única que debemos preservar” (Yenni, agricultora agroecóloga. Coapan, 2023).

“El maíz de húmedo [raza Jala] es identidad, tradición, amor, unidad y relación que invita a las familias a unirse en un solo

equipo de trabajo... nuestro maíz es el orgullo de la vida, es identidad y la vida misma” (Lupita, agricultora agroecóloga. Coapan, 2023 y 2024).

Así, gran parte de garantizar las condiciones de alimentación, de soberanía alimentaria, están basadas o sustentadas en el ser, hacer y saberes de las mujeres... en contextos sumamente adversos y complejos. Las mujeres y las infancias, en este proyecto, han resultado ser guardianes clave en la preservación de las memorias e identidades del ser del lugar “donde se dan los elotes y las mazorcas más grandes del mundo”, pero también de las semillas del maíz nativo Raza Jala (o maíz de húmedo, como le llaman las y los lugareños) que se encuentra presente como eje articulador en todos sus espacios, productivos y simbólicos. •

SIGNIFICADOS DEL MAÍZ RAZA JALA PARA LAS MUJERES E INFANCIAS AGROECOLOGAS DE COAPAN, MUNICIPIO DE JALA NAYARIT



Fuente: elaborado por Jesús Madera.

Generalmente son las mujeres quienes seleccionan semillas, se hacen cargo de organizar, llevan registros, administran también muchas de las veces son mujeres. No es solo el varón quien va a trabajar en la parcela, son las familias completas.



María, una mujer tabaquera en Nayarit. Wilma Maciel

Las mujeres de tabaco en Nayarit. La historia de María Padilla

Dagoberto de Dios Hernández Universidad Autónoma de Nayarit
dagobertodedios@uan.edu.mx

Introducción contextual

Santiago Ixcuintla, Nayarit es el centro tabaquero más importante de México. El Sistema de Información Agroalimentaria y Pesquera (SIAP) de la Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural (SADER), registró para 2023 una superficie sembrada de 7,223.80 hectáreas a nivel nacional, de las cuales, Nayarit produjo 5,943, es decir, el 82.26%. En los municipios de su zona norte, el tabaco tiene historia y tradición. Durante más de un siglo, la actividad se ha enraizado y es parte de la cultura familiar en diversos pueblos y la rancherada.

Sin embargo, las cifras oficiales no contemplan el número de productores. Algunas investigaciones, artículos de periódico local y la voz popular afirman que actualmente quedan en torno de dos mil por lo cual se vuelve difícil saber con precisión cuántas son tabaqueras y tabaqueros. El problema radica que cuando se habla de tabaco, normalmente se piensa

en el hombre, en el productor. Pero, la presencia y participación de la mujer en esta actividad es trascendental, por lo que al carecer de datos su papel se termina invisibilizando y no se reconoce el rol de productoras que algunas de ellas desempeñan.

La Asociación Rural de Interés Colectivo, la ARIC tabacalera como se le conoce en la región, al ser la representante de las familias, tiene el padrón de productoras y productores, pero al no estar disponible en internet u otro medio, es difícil tener acceso a él. Hasta la temporada 2012-2013, de los 3,369 créditos registrados, 567 eran de mujeres (16.82%), pertenecientes a 10 municipios, 67 localidades, y cultivando de 0.5 a 15 hectáreas para tres empresas diferentes. Únicamente en Santiago Ixcuintla, radicaban 404 de esas mujeres del tabaco. En dicho municipio, una de ellas es María.

Perteneciente a una familia tabacalera, su infancia y adolescencia la vivió rodeada de las actividades agrícolas que su papá

realizaba, pero en las que ella no participaba porque él no quería. María estudió hasta la secundaria y poco tiempo después de concluir, con aproximadamente 18 años migró a Nogales, Sonora, cuando un hermano se la llevó para emplearla en una fábrica. Dice que le gustaba estar allá porque solo trabajaba de lunes a viernes y además de ganar bien, le podía dar seguro social a sus familiares. Sin embargo, después de 15 años de vivir en Nogales, volvió al rancho para cuidar de su mamá y papá. Fue entonces cuando regresó que su padre le dijo “echa tabaco” y ahí comenzó su aventura.

No tenía experiencia en el cultivo. Si acaso, había sido jornalera en su adolescencia, pero nada más. Su primer contacto con el tabaco se dio cuando la invitaron a trabajar a los planteros junto con otras tres mujeres. Ellas eran las responsables de producir la plántula en esa especie de invernaderos. Su labor comenzaba a inicios de septiembre con la siembra de 200 charolas germinadoras por día y concluía entre noviembre y diciembre, después de arrancar (cosechar) la plántula y entregarla a los productores para su trasplante.

Fue ahí donde María se dio cuenta que además de producir su propia plántula, podía también cultivar su propio tabaco y no tener que trabajarle a nadie. Además, obtendría seguro social. En la temporada 2010-2011 plantó sus primeras dos hectáreas. Dice que no fue difícil porque toda su vida siempre le gustó trabajar en el campo. Sin embargo, había cosas que desconocía y cuando tenía dudas se fijaba en lo que hacían otros productores o le preguntaba directamente a uno de ellos que la auxilió mucho en sus inicios.

A lo largo de sus ya 15 temporadas como tabaquera ha hecho de todo, desde producir y acarrear la planta al potrero, trasplantar, limpiar, azadonear, borrar, tirar abono, regar o tirar cintilla, colgar y tumbar sargas, hasta enfardar.

Sin embargo, María también ha complementado su faceta de tabaquera con la de ama de casa, esposa y comerciante. Es mamá y actualmente abuela. Estuvo casada, pero enviudó hace algún tiempo. Durante varios años ha administrado una taquería como negocio familiar los fines de semana. Cuando se le pregunta cómo le hace para equilibrar todo, dice “ando enfriega, de un lado pa otro”. Sus días comienzan tempranito porque a las 6:00 a.m. ya está haciendo de almorzar pues a las 7:30 tiene que estar en el potrero. A las 11:30 cuando el sol ya calienta, regresa a su casa a hacer de comer. Pero a la 1:30 p.m. se regresa otra vez a la parcela y allá anda hasta a las 7:00-8:00 p.m., que vuelve para hacer de cenar y otras actividades del hogar. Durante siete meses, al menos de noviembre a mayo, sus días son así. María también es una mujer alegre. Le gusta la fiesta y echarse sus cervezas de vez en cuando, porque reconoce que no todo es trabajar.

Después de 15 años, María se ha convertido en una mujer que está hecha de tabaco. Dice que lo lleva en las venas y es la herencia de su padre. Hasta después que ella se volvió tabaquera, algunos de sus hermanos también lo hicieron. Pasó de plantar dos hectáreas a tener actualmente cuatro y media. Le ha producido a tres de las distintas empresas habilitadoras. Su trabajo y conocimientos le han redituado económicamente en las liquidaciones, que al inicio eran de \$30,000 por hectárea, pero en la actualidad son de \$45,000. Gracias a esto, su hija pudo estudiar enfermería y su hijo fisioterapia.

Al igual que María, en Nayarit hay otras mujeres tabaqueras. Si bien no son productoras en el papel, lo son en la realidad, pues el tabaco representa una tradición familiar que es sostenida o complementada desde las labores del hogar o en torno de otras actividades agrícolas o de comercio. Como dice María, “las mujeres se dan codo a codo con un hombre en el tabaco”. •

El Sistema de Información Agroalimentaria y Pesquera (SIAP) de la Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural (SADER), registró para 2023 una superficie sembrada de 7,223.80 hectáreas a nivel nacional, de las cuales, Nayarit produjo 5,943, es decir, el 82.26%. En los municipios de su zona norte, el tabaco tiene historia y tradición. Durante más de un siglo, la actividad se ha enraizado y es parte de la cultura familiar en diversos pueblos y la rancherada.

Asimetría desde el arranque. Retos de emprendimientos de mujeres



Adriana Tiburcio Silver Académica, LIFES, ITESO adrianat@iteso.mx
Iris Xiomara Alonzo García Asesora Especializada
ae715841@iteso.mx **Mónica Patricia Morales Vázquez** Asesora
 PAP DEAM ITESO moralesmnk@iteso.mx

Introducción

Este texto expone cómo el sistema económico favorece el capital y el emprendimiento individual, afectando a mujeres emprendedoras, especialmente por la pobreza de tiempo causada por labores de cuidado.

Esto genera desigualdades desde el inicio del proyecto, limita su avance, provoca frustración y complica aspectos clave como la mercadotecnia y las finanzas, sumándose a los retos de género que enfrentan en el proceso de emprender. Abordaremos el proceso de 20 mujeres que participa-

ron en la propuesta de asesorías del Proyecto de Aplicación Profesional (PAP) de Emprendimientos Sociales que el ITESO acompañó en primavera de 2025 en vinculación con el Centro Comunitario CEMEX en Guadalajara.

El equipo PAP (Sofí, Itzel, Mar, Vic, Alex, Santi y Erick) está formado por estudiantes que crearon herramientas clave usadas en este documento.

Una mirada hacia los emprendimientos de mujeres: actualmente coexistimos en un mundo globalizado y centrado en el capital. Este sistema ha establecido una serie de normas y condiciones específicas, bajo esta lógica, el tiempo se ha dejado de percibir como una dimensión humana y se ha convertido en otro recurso para generar ganancias.

El tiempo de las mujeres ha sido invisibilizado, asignado al cuidado no remunerado, limitando su desarrollo y perpetuando desigualdades.

Existe una paradoja: se impulsa el progreso individual, pero las mujeres enfrentan desigualdad al asumir labores de cuidado no valoradas, lo que genera pobreza de tiempo, ya que dedican 2.5 veces más tiempo que los hombres al trabajo reproductivo.

Retos de los emprendimientos de mujeres

Emprender un proyecto productivo implica recursos para realizarlo, atenderlo y gestionarlo; entre estos el tiempo, y, como se ha mencionado, es una de las problemáticas transversales a la realidad de las mujeres.

Muchas iniciativas fomentan el emprendimiento femenino, pero con enfoque individualista, sin considerar la pobreza de tiempo

y esfuerzo extra que implica, afectando más a mujeres con menos recursos y apoyo.

Como lo comentó la Emprendedora 1 (denominada así por cuestiones de privacidad), quien es una de las participantes del acompañamiento del PAP de Emprendimientos Sociales, en una entrevista “nada más dije, voy a poner mi [negocio]... como poner un puesto de duritos [...] y ya estoy viendo que no, esto es algo que hay que tener muy organizado, tener el conocimiento de lo que voy a hacer”.

Emprender requiere bases claras. El diagnóstico PAP destaca cuatro claves: dos del Canvas Social, una por pobreza de tiempo y otra desde la Economía Social:

- Sobre el área mercadológica: 80% de las participantes reportó que no cuenta con conocimientos claves sobre el área mercadológica y el 20% manifestó que tiene algunas ideas, aunque no muy claras.
- Sobre el área de finanzas: 60% de las participantes comentó que no tienen el costeo de sus productos y/o servicios, el 40% reportó que lo tiene de forma muy limitada.
- Sobre la gestión del tiempo y emocional: Las emprendedoras viven doble jornada; la falta de tiempo afecta su avance y bienestar emocional especialmente en sus emprendimientos.
- Asociatividad: No observó ninguna intención de agruparse o asociarse.

Emprender requiere conocer al cliente, manejar bien las finan-

zas y reconocer la pobreza de tiempo. Esto permite planear estrategias colectivas que ayuden a mujeres a superar desventajas.

La economía social y solidaria reduce desigualdades de género al valorar el cuidado y promover la colaboración local entre mujeres, fortaleciendo proyectos.

Dentro del PAP de Emprendimientos Sociales, se les compartió a las emprendedoras algunas prácticas de economía social y solidaria sobre finanzas sociales y cómo aplicarlas en sus emprendimientos. De manera tal, que les inspiró a pensarse en términos colectivos y manifestaron la idea de unirse, como una estrategia para reducir costos.

El acompañamiento profesional permanente es un factor crucial y puede ser: mentoría, asesoría, cursos, talleres, conferencias, visitas, apoyo institucional y resulta fundamental que las políticas públicas se diseñen de tal manera que aborden estos desafíos.

Guillermo Díaz, quien trabajó con diferentes proyectos de ES señala que las organizaciones sociales necesitan liderazgos para crecer.

Reflexiones: ¿El territorio como posibilidad?

Hacer las cosas de la misma manera nos traerá los mismos resultados, por ello se plantean algunas preguntas:

- ¿Qué pasaría si se usaran territorios para identificar necesidades de cuidado y se atendieran con emprendimientos colectivos de mujeres?
- ¿Cómo desarrollar habilidades específicas y diseñar cursos y políticas públicas que apoyen estos proyectos?
- ¿Qué programas y acompañamientos se requieren para fortalecerlos?
- ¿Cómo garantizar liderazgos que aseguren la permanencia y éxito de estos emprendimientos? •



Mujeres de la Tierra

Joseph Sorrentino, joso1444@usa.net

Mi primer proyecto en México fue en 1997, cuando saqué fotos de Día de los Muertos en Metepec. Regresé en 1999 y 2001, conti-

nué sacando fotos de ceremonias religiosas. En 2003, mi enfoque cambió desde ceremonias religiosas a la vida en el campo y ese año me quedé por dos semanas en San Martín y Santa Catarina, dos

pequeños pueblos remotos en la Sierra Juárez de Oaxaca a donde saqué fotos de la cosecha de café. Era un tiempo cuando muchos hombres mexicanos estaban trabajando en los Estados Unidos y se quedaban más tiempo, y a veces permanente.

Esto significó que las mujeres quedaban a cargo, además del cuidado de sus familias, tendría que cuidar y trabajar su terreno. Incluso sembrando, deshierbando y cosechando. En esos pueblos, si una mujer tenía un bebé, cosechaba el café con el bebé en su espalda.

Durante veinte años de proyectos he enfocado en documentar las vidas de las campesinas y campesinos, saqué fotos en nueve estados y docenas de pueblos.

Cuando me mudé a San Gregorio Atlapulco en 2018, comencé a fotografiar a las chinamperas, mujeres que trabajan incansablemente en la chinampería, la zona rural de la CDMX. Como muchas otras, estas mujeres enfrentan una doble jornada laboral: se dedican al hogar, cocinando, limpiando y cuidando a sus familias, y luego se sumergen en el arduo trabajo de la chinampería. Su día parece no tener fin, una realidad que busco visibilizar. •



Micaela caminando através milpa; Pinahuista, Puebla



Francisca y Maíz; San Miguel Tzinacapa, Puebla



Brigida Cocinando, San Martín, Oaxaca



Mujer y Bebé en el Cafetal, San Martín, Oaxaca



Mujer y Canasta de Café, San Martín, Oaxaca



Cocinando en la Luz; Benito Juárez, Chiapas



Toñita y Panchito; Amaquil, Chiapas



María Victoria y Cilantro; San Gregorio Atlapulco, Xochimilco



Cortando Café; Xiloxochico, Puebla



Zenaida Cortando Nopal; San Agustín, Morelos



Llevando Leña; Benito Juárez, Chiapas



Catarina Cortando Papaya; Amaquil, Chiapas

Mujeres y cultura de maíz



Tlaxkalli gruesa, con pedazos de yerba santa elaborada por Lorenza Evangelista. Guadalupe Bolaños

María Guadalupe Bolaños Ceja El Colegio de Michoacán

El valle de Tehuacán es reconocido porque Richard MacNeish realizó investigaciones donde localizó uno de los vestigios más antiguos del maíz. De igual manera, en 2016 se encontraron en la zona arqueológica de Ndachjian -asentamiento ngiwa que comúnmente se le conoce como Tehuacán Viejo-: “cuatro tinajas fechadas hacia el periodo Posclásico (1000-1350 d.C.)” (El Universal, 2016). Su localización se dio cerca de las antiguas cocinas y no del sistema de captación de agua, por lo que la arqueóloga Noemí Castillo Tejero piensa que pudieron haberse utilizado para la nixtamalización en frío, proceso que antecede a las técnicas recientes. Este procedimiento actualmente lo realizan las mujeres generalmente, quienes son las principales reproductoras y guardianas de su cultura de maíz. Las que son originarias de Santa María de la Asunción Coapan destacan en la región por la elaboración de múltiples derivados del grano, uno de los principales y de gran calidad, es la *tlaxkalli* [tortilla en lengua náhuatl]. Si bien, anteriormente se elaboraba de manera artesanal, en la actualidad se conservan algunas técnicas e instrumentos heredados por las ancestras, por lo que por su textura y sabor, son las preferidas de los habitantes de esta zona. Aunque las parcelas cada vez son más escasas, muchas mujeres coapeñas están presentes en la preparación de la tierra, siembra y cosecha del grano, con lo que evidencian su resistencia a la neoliberalización del campo. En esta ocasión escribo sobre las relaciones y características que evidencian la especificidad de la cultura de maíz coapeña, que es el proceso de transformación del grano, alquimia que culmina con sus múltiples y deleitables deriva-

dos. De acuerdo con Ivonne Vizcarra (2019, p. 104), la cultura de maíz se refiere a las relaciones e interacciones de las que se generan múltiples y distintas experiencias entre las comunidades locales-regionales que producen maíz, que consumen e intercambian maíces nativos, con los fenómenos sociales que definen estas experiencias; como por ejemplo: la migración, la instalación de megaproyectos, el crimen organizado, los desastres naturales, la degradación ambiental, la expansión de la urbanización, el empobrecimiento de tierras, la falta de empleo, la conversión productiva, entre otros. Con base en el trabajo del Museo Nacional de Culturas Populares (1982, p. 61), “El maíz, fundamento de la cultura popular mexicana”, existen “605 formas distintas de cocinarlo”. En el caso de Santa María de la Asunción Coapan, en la siguiente tabla se muestran los distintos derivados que elaboran sus mujeres, así como los precios con los que se comercializan en su comunidad y en la región.



Mujeres coapeñas elaboran tamales de horno en beneficio para la construcción, de su Casa de Cultura autogestiva. La elaboración de alimentos también es importante para apoyar acciones comunitarias, son otras maneras en que participan las mujeres para estrechar sus vínculos con la vida colectiva. Guadalupe Bolaños

Otros de los derivados que destacan en este crisol de sabores son: uno que actualmente no se comercializa ni se elabora comúnmente, pero que tuvo popularidad entre las décadas de los sesenta y setenta aproximadamente. Este es un tipo de *tlaxkalli* gruesa cocinada con trozos de yerba santa. Doña Guillermina Hernández me explicó que las familias coapeñas las acompañaban con café, como sustituto de pan. Se envolvía con las hojas de la planta del maíz, su cocción se realizaba en las brasas de leña, para aprovechar el fogón donde cocinaban otros alimentos.

El otro derivado, son los tamales cocidos en horno subterráneo, estos se envuelven en hoja de la planta de maíz, con yerba santa, chile y frijoles. De acuerdo con lo que señaló Lorenza Evangelista, se acostumbraba a elaborarlos principalmente cuando se celebraban bodas, como forma de agradecimiento a los padrinos, se rebosaban canastos de carrizo con este alimento. Aunque existen algunas familias que aún conservan esta costumbre, actualmente muchas los llenan con despensa. También se elaboran para celebrar el Día de Muertos. Generalmente, estos tamales se consumen acompañados de café, con mole de guajolote y *tenzo molli* [mole de chivo].

El valor que este tipo de tamales tienen en la comunidad se expresa con el trabajo que se invierte para prepararlos, además de ello existe un ritual/bendición que antecede su ingreso al horno subterráneo: “Al principio se echa la leña [...] para que empiece el primer fuego del horno, después se le echan troncos de mezquite porque según la creencia caliente mejor el horno [...] se empieza desde las 9 am [...] se siguen echando troncos, se van creando brasa [...] a las 7 pm el hornero dice que ya, se dejan brasas pequeñas, como es de

DERIVADOS DEL maíz que elaboran las mujeres de Santa María de la Asunción Coapan, que se comercializan en las principales calles de Tehuacán y de la comunidad. Precios aproximados hasta enero de 2024.

DERIVADOS QUE ELABORAN LAS GUARDIANAS DEL MAÍZ	PRECIO APROXIMADO
Tamales cocidos en horno subterráneo, envueltos en hoja de la planta de maíz, con yerba santa y frijoles	Grandes \$25 Chicos \$10
Quesadillas con champiñón, flor de calabaza y tiales [así se les nombra a los restos que quedan después de freír el chicharrón de puerco]	\$10 la pieza
Tacos dorados de barbacoa y frijol	Orden de 3 por \$10
Tacos blandos de picadillo de res, pollo, champiñón, flor de calabaza y tiales	Entre \$7 y \$10, depende del tamaño
Tacos de bistec, suadero, carne enchilada y cabeza cerdo Tacos dorados de papa, quesillo y pollo	Orden de 3 por \$25
Enchiladas de chile guajillo, chile ancho y de mole, con cebolla rebanada Tacos blandos de papa y frijol	Orden 3 por \$10
Tlaxkalli por pieza/kilo	15 piezas por \$10 Kilo entre \$24 y \$27
Memelas preparadas por pieza/kilo	\$2 la Pieza Kilo \$36
Tlacoyos con frijol y tiales	Tamaño mediano, 4 piezas por \$20 Tamaño chico, 6 piezas por \$20
Atole, champurrado y granillo	Litro \$30 Vaso \$8
Tamales envueltos en hoja de totomoxtle cocidos en vaporera-tamalera, con mole, rajas y salsa verde	Entre \$8 y \$9 la pieza, dependiendo la preparación unos llevan carne y otros no
Tostadas con frijoles, lechuga, queso y salsa	Orden de 3 por \$10

Elaboración con base en notas de campo, entrevistas, observación directa y participante. Agradezco a Lorenza Evangelista por sus comentarios.

tabique el horno queda caliente [...] antes de echar los tamales, se tiene que bendecir el horno con alcohol etílico, le echan como 3 vasos pequeños [...] después de eso hace una cruz con semillas de chile seco, después se vacían el resto de las semillas. Se echan los tamales, los primeros son los llamados *tetolontli* [como se le llama en lengua náhuatl, a los tamales grandes para cubrir las brasas], después [...] los pequeños, se separan para reconocer los de frijol y de yerba santa, al final se tapan con los *tetolontli*, se les pone una lona, luego tierra para que no salga vapor, se dejan cocer hasta las 6 am del siguiente día” (Entrevista, Albino Luis, noviembre de 2021). En el entendido de que este es un trabajo desde las voces de las mujeres, considero importante aclarar, por qué esta descripción la tomé del relato de un hombre. Cuando comencé a realizar el trabajo de campo, observé que Luis Albino colaboró con las mujeres en la preparación de tamales. Debido a que en el momento que requerí esta información, él fue de las personas que pude entrevistar de manera inmediata, meses posteriores a la entrevista, tuve la oportunidad de presenciar este acto: desinhibida, doña Guillermina se acercó a remover las brasas del horno, para posteriormente echar alcohol etílico y semillas de chile, lo único que agregué a la descripción anterior, es que al finalizar se repartió un poco de mezcal al hornero y a su familia,

como gesto de agradecimiento por haber prestado su horno, además de haber concluido exitosamente la elaboración. En el marco de la preparación de estos peculiares tamales, considero importante destacar y visibilizar a la cocina como uno de los espacios primordiales para las mujeres, más allá de los roles de género, como lo señala Charlynnne Curiel (2019) en su trabajo sobre la mayordomía en la mixteca oaxaqueña, este no es un lugar menor, aquí se entretienen relaciones que van más allá de la mera preparación de alimentos. Durante el trabajo de campo, la mayoría de las ocasiones en que colaboré en la elaboración de tamales con las mujeres coapeñas, estos se realizaron principalmente, con el objetivo de recaudar fondos para construir su casa de cultura autogestiva, en la cual actualmente se imparten talleres de bordado, lengua náhuatl, cartonería, pintura, corte y confección. Proyecto que, sin duda beneficia-colectiviza a la población originaria y a la de la región. Con lo anterior, se evidencia cómo las mujeres son fundamentales para la organización comunitaria, mientras que a la vez, reproducen y preservan su cultura de maíz. •

* Texto realizado con base en la tesis: “Mujeres coapeñas como guardianas de su cultura de maíz, ante las múltiples opresiones en Tehuacán”, ColMich, (2025).

La participación política de las mujeres* indígenas y rurales: una apuesta por la democracia incluyente

Noemí Agapito Confesor Codirectora del capítulo Aúna Oaxaca

La participación política de las mujeres indígenas, afromexicanas y de contextos rurales ha sido un camino sinuoso y complejo. Sin embargo, gracias a las luchas de las organizaciones de la sociedad civil y al liderazgo ejercido por las propias mujeres, hoy no solo se defiende la tierra y el territorio, sino también el cuerpo y la vida. Esta lucha ha llevado a que muchas aspiren a ocupar espacios de toma de decisiones, desde donde puedan ejercer sus derechos de forma libre, autónoma y plena.

En los procesos electorales federales y locales, se han impulsado acciones afirmativas: *medidas tem-*

porales orientadas a garantizar el avance de poblaciones en situación de desventaja. Entre ellas, se ha promovido la representación de pueblos y comunidades indígenas en senadurías, diputaciones federales y locales, así como en los cabildos municipales. Estas acciones también han buscado fortalecer la participación de mujeres indígenas y rurales, con el objetivo de que sus agendas y preocupaciones se escuchen en todos los niveles de la política.

La paridad de género ha sido un paso fundamental para lograr este avance; sin embargo, los desafíos persisten. Las mujeres aún enfrentan roles tradicionales asignados como el cuidado, la crianza y el

trabajo doméstico, que limitan su tiempo y energía para la participación política.

Uno de los principales obstáculos es la violencia política contra las mujeres en razón de género, que afecta particularmente a las mujeres indígenas y afromexicanas por la intersección de múltiples formas de discriminación. Esta violencia, sumada al desconocimiento de los marcos legales y las rutas para denunciar, genera miedo y desincentiva la participación.

Por ello, es crucial brindar formación con anticipación suficiente a las candidatas, ya que muchas no cuentan con información clara sobre los procesos de precampaña, campaña, construcción de agendas comunitarias o regionales, ni

sobre cómo enfrentar las violencias que pueden surgir durante estos momentos.

Dotar a las mujeres de herramientas para organizarse, comunicar sus propuestas y prevenir o enfrentar la violencia política es esencial para fortalecer su liderazgo. Si bien el triunfo electoral muchas veces depende de la fuerza de un partido, en la mayoría de los casos el resultado está directamente relacionado con cómo se construye y comunica la campaña.

Las mujeres indígenas y rurales generalmente no tienen acceso a una formación política continua, lo que puede limitar su capacidad de incidencia a nivel comunitario, municipal y regional. Por ello, es fundamental la propuesta que este año impulsa Aúna.

Desde mi experiencia, puedo decir que Aúna me ha arropado, fortalecido y acompañado en mi camino político. Su apuesta por la inclusión, la perspectiva intercultural, interseccional y de género ha permitido que mujeres* diversas de diferentes regiones del país participemos activamente. Esta plataforma nos brinda formación constante y gratuita, y promueve una forma distinta de hacer política desde la perspectiva de género, donde la sororidad no es una palabra vacía, sino una práctica viva.

Quiero reconocer la labor de Aúna en la formación integral de mujeres que desean participar en campañas electorales, ya sea como candidatas o como parte de los equipos de otras mujeres*. Su oferta incluye una plataforma virtual con cursos asincrónicos que permiten avanzar al ritmo de cada participante y encuentros presenciales para compartir, aprender y construir redes entre líderes.

La democracia debe ser con mujeres plurales de múltiples contextos y realidades, reconociendo nuestras diversidades. Hacer una democracia incluyente implica formar y capacitar desde una perspectiva intercultural, de género y de derechos humanos, brindando herramientas que consideren nuestras realidades.

La convocatoria vigente de Aúna es una gran oportunidad

para acceder a formación política integral, en un espacio colectivo donde se comparten experiencias con mujeres* de distintos estados y se aprende de ponentes con amplia trayectoria. Entre los temas destacan: liderazgo y comunicación, mujeres* en política, gestión pública, campañas electorales y desarrollo de agendas programáticas.

Invito a todas las mujeres a conocer la página de Aúna. Ahí podrán constatar por sí mismas que es una plataforma que ofrece diversos espacios de formación política, pensados especialmente en las mujeres*, tanto para quienes militan en algún partido como para quienes ya ejercen algún cargo público. Aúna acompaña, fortalece y teje redes entre mujeres* políticas comprometidas con el cambio desde sus comunidades y territorios.

La convocatoria ya está abierta y cierra el 6 de agosto, por lo que invitamos a todas las mujeres* interesadas a inscribirse en www.auna.org.mx.

Es una gran oportunidad para fortalecer el liderazgo de mujeres* indígenas, afromexicanas o de contextos rurales y comunitarios, a través de una formación política con enfoque de género y derechos humanos.

Hilar la sabiduría entre mujeres* es tejer una democracia incluyente.

Sobre Aúna

Aúna es una plataforma que impulsa nuevas representaciones políticas con liderazgos de mujeres*, para alcanzar mayores resultados en bienestar, justicia y protección del medio ambiente.

Desde su creación en 2020, Aúna identifica y acompaña a mujeres* e identidades que han sido excluidas o discriminadas para ocupar cargos de toma de decisión y que representan una nueva forma de hacer política: con reglas claras y sin compadrazgos. •

* Se busca incluir también a personas que no se identifican como mujeres, pero pueden sentirse aludidas en la categoría por experiencias compartidas.



Reunión con mujeres en la Montaña de Guerrero. Tomada de RSS_Aúna



Reunión con mujeres en la Montaña de Guerrero. Tomada de RSS_Aúna

Dotar a las mujeres de herramientas para organizarse, comunicar sus propuestas y prevenir o enfrentar la violencia política es esencial para fortalecer su liderazgo. Si bien el triunfo electoral muchas veces depende de la fuerza de un partido, en la mayoría de los casos el resultado está directamente relacionado con cómo se construye y comunica la campaña.



Paisaje rural del sur de Chile. Javier Castro

Soberanía alimentaria y energética en el extremo sur de Chile

Agrupación Ciudadana Ultima Esperanza (ACUE)

La soberanía es ante todo un espacio de autonomía y autodeterminación, no de dominación. Un espacio vital basado en la resiliencia y en modelos de organización no hegemónicos ni coloniales, que reconocen a las comunidades, sus sistemas de producción y saberes como el centro de la transformación.

En este eje la soberanía alimentaria y energética se complementan y demandan juntas ante la crisis civilizatoria (ecológica, social, energética y material) que encontrará y encuentra sus soluciones aquí en el corazón de las comunidades. Es en estos

modelos donde podemos considerar las subjetividades de cada comunidad, su propio clima, sus necesidades energéticas y alimentarias, sus formas tradicionales de vida, porque el planeta y sus habitantes no somos homogéneos y allí radica lo valioso de la vida, tanto de la diversidad ecológica como de tradiciones culturales.

Tanto la energía como el alimento habitan la misma esfera y deben ser consideradas derechos humanos. Así como sin alimento no sobrevivimos, la vida moderna de igual modo es altamente dependiente de la energía como una llave para la garantía de muchos otros derechos. Cómo a la vez de

ejercer nuestra autodeterminación y autonomía nos mantenemos conectados e inter vulnerables.

La globalización del planeta nos ha hecho creer que podemos comer cualquier fruta o verdura en cualquier estación, que podemos importar desde cualquier lugar del mundo sin siquiera saber cómo y en qué condiciones se produce; nos han hecho creer ingenuamente que es posible consumir sin límites, en tanto se tenga dinero en un mundo que bajo esa mirada pareciera ser infinito e inagotable. En resumen, la inter-vulnerabilidad de la sociedad moderna se ha basado en la interdependencia por el consumo, pero no por mutuo cuidado e intercambio de experiencias y

La globalización del planeta nos ha hecho creer que podemos comer cualquier fruta o verdura en cualquier estación, que podemos importar desde cualquier lugar del mundo sin siquiera saber cómo y en qué condiciones se produce; nos han hecho creer ingenuamente que es posible consumir sin límites, en tanto se tenga dinero en un mundo que bajo esa mirada pareciera ser infinito e inagotable.

saberes. Se ha basado en el despojo, en la colonización y en el afán de usurpar y homogeneizar.

Desde el extremo sur de Chile, en Puerto Natales, ciudad pequeña de 24 mil habitantes, donde los vientos extremos son de hasta 120 km/hr y los fríos inviernos traen nieve y temperaturas bajo cero, hacemos agricultura con mucho esfuerzo y orgullo. Al igual que todos los agricultores del planeta que vivimos en carne propia esta crisis y la inestabilidad climática que afecta directamente nuestras formas de vida.

Nos mueve ese instinto de sobrevivencia que nos hace tan humanos; estemos en el lugar geográfico que sea buscamos conectar con la seguridad que significa la autonomía de generar nuestro alimento. Sin embargo, y como un reflejo de esta globalización, se adquieren las mismas semillas e insumos de las mismas transnacionales en México y en Chile para la producción de alimento, y al igual que con la energía, son las transnacionales de capitales externos las que quieren implantar su modelo.

Las resistencias frente a este modelo la estamos realizando los campesinx de todo el mundo y sucede cuando revalorizamos nuestros modos de vida, nuestras formas de cultivar y de generar energías diferentes en cada territorio, cuando nos permitimos salir de esa homogeneidad colonial impuesta que nos dirige a ser monocultivo estéril. Las que

trabajamos con la tierra y la naturaleza sabemos que mientras más diversidad existe en nuestro suelo y entorno, más fuertes y resilientes nos volvemos.

Es urgente y vital para poder alcanzar tanto la soberanía energética como alimentaria más allá de la escala local, recuperar la noción de inter-vulnerabilidad e interdependencia desde la base de la autodeterminación y la autonomía, para así poder cooperar, colaborar, desde el compartir saberes, pero sin imponer formas. Reducir la escala es vital para la recuperación de formas de organización local, que permitan la transparencia, el derecho a estar informadas y que permita el ejercicio de la democracia desde una mirada horizontal y no asimétrica, que espera que las colonias sigan entregando los recursos y nuestras vidas.

El único camino ante la crisis planetaria multidimensional es reducir la escala y que la inter-vulnerabilidad signifique responsabilidad en nuestra producción y consumo, lo cual solo es posible cuando el espacio de producción es a la vez el espacio vital y esa noción es imposible con el neoliberalismo de ultramar.

La autonomía y la pequeña escala nos permiten asegurar un modelo más justo y menos desigual, ese ejercicio de conocernos, conversar entre vecinx y decidir por nuestro bienestar a largo plazo, en un territorio donde aspiramos tener un buen vivir para nosotrxs y lxs que vendrán. •